

SS

SERVICIO SECRETO

DONALD CURTIS

¡ELLA SABE DEMASIADO!

—¡Vera, ponme un café bien cargado! Y un *sandwich* caliente.

—Lo siento, Fred. Tendrás que conformarte con un *sandwich* frío. Es muy tarde. Ya debería de haber cerrado hace más de un cuarto de hora.

—Está bien, Vera. Dame lo que tengas. No soy exigente —sonrió el cliente—. Con tal de que el café ruedas servírmelo…

—Por ser para ti, lo haré. Pero, otra noche, procura venir antes. —Lo siento, querida. El camión sufrió una avería, en la carretera. Una nadería, pero perdí casi veinticinco minutos con él. Espero que no vuelva a ocurrir.

—Yo también. Con esa nevada, es mejor llegar al parador, y tomar el café caliente.

Espera un momento…



Donald Curtis

¡Ella sabe demasiado!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 573

ePub r1.0

LDS 06.05.18

Título original: *¡Ella sabe demasiado!*
Donald Curtis, 1961
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Donald Curtis

¡ Ella sabe demasiado!

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453

BRUGUERA
BARCELONA (6)

Capítulo primero

Vera...

—¡Vera, ponme un café bien cargado! Y un *sandwich* caliente.

—Lo siento, Fred. Tendrás que conformarte con un *sandwich* frío. Es muy tarde. Ya debería de haber cerrado hace más de un cuarto de hora.

—Está bien, Vera. Dame lo que tengas. No soy exigente —sonrió el cliente—. Con tal de que el café ruedas servírmelo…

—Por ser para ti, lo haré. Pero, otra noche, procura venir antes.
—Lo siento, querida. El camión sufrió una avería, en la carretera. Una nadería, pero perdí casi veinticinco minutos con él. Espero que no vuelva a ocurrir.

—Yo también. Con esa nevada, es mejor llegar al parador, y tomar el café caliente.

Espera un momento…

Vera se encaminó a la cocina. Regresó con un emparedado de queso y una taza de café humeante, que depositó ante el hombretón de chaqueta de cuero y recios guantes. Fred contempló el bonito rostro de la muchacha y habló:

—Eres una chica excelente, Vera. ¿Piensas pasar toda la vida en este lugar, despachando a los camioneros, y todo eso?

—¿Por qué no? Me gusta mi trabajo. Y el patrón me considera bien. No tengo ninguna queja hasta ahora.

—Oh, no es eso… Pero me sorprende que una muchacha tan bonita y tan joven…, bueno, no se haya casado ya.

El rostro de Vera se ensombreció. Una expresión pensativa y lejana nubló su gesto habitualmente risueño. Por un momento, fue

otra Vera la que se inclinaba ante el conductor del camión. Pero tan fugazmente, que cuando el hombre alzó la cabeza y la miró sonriendo ampliamente tras dar un mordisco al emparedado, ya volvía a ser la misma Vera de siempre, con su sonrisa cordial, hospitalaria, tan famosa en la carretera de Buffalo a Nueva York, como los anuncios del
«Coca-Cola»
o los indicadores de ruta.

—No creo haber nacido para casada —sonrió la joven—. Al menos, de momento.

—¿Sabes una cosa? Durante los meses que has estado ausente de aquí, llegué a pensar que te habrías casado y nunca más te veríamos. También lo pensaron los demás muchachos…

—No había razón para eso. Fueron… fueron unos meses de vacaciones. Unas vacaciones que se alargaron. Pero nada más. Ya veis que he vuelto a mi puesto, Vera Fraser nunca deserta…

—Ya veo —saboreó el café—. Humm… Sigo felicitando a la camarera más bonita y eficiente de la ruta. Tu café es excelente. Ahora, me voy. Tengo que hacer en la ciudad antes de que sea más tarde. Mi carga es delicada, y la necesitarán a tiempo.

Pagó, dejando una propina aceptable, que ella le agradeció con una sonrisa. Al cerrarse la puerta tras él, Vera Fraser desató su delantal, con un suspiro.

Había terminado la jornada. Ya no pasaban más camioneros habitualmente. Y si pasaban podrían elegir los demás paradores que no fuesen de la «Acme Agency», la importante cadena de paradores y bar-restaurantes de carretera en todo el Estado de Nueva York.

Echó el cierre a la puerta y apagó las luces del parador. Se encaminó a la cocina, donde guardaba, en un armario, sus pertenencias y ropas de calle. La bata azul, con el nombre de «Acme» bordado, pasó a colgar de un perchero.

Hacía frío fuera. El invierno empezó aquel año con crudeza, y la nieve se acumulaba en la carretera y los campos, con tanta o más abundancia que en el propio Nueva York, donde el tráfico rodado había sufrido grandes quebrantos, a causa de las intensas nevadas sufridas últimamente.

Tomó su abrigo de paño rojo, el bolso y el gorrito de pelo de nylon, haciendo juego con el abrigo. Corrió hacia la salida

posterior, poniéndose todo ello. Al llegar al porche, oteó el exterior, convertido en una inmensidad blanca, bajo el oscuro cielo de la noche.

Un pequeño automóvil de segunda mano esperaba a su dueño. Vera necesitaba medio de transporte propio para su entrada y salida del diario servicio. Pero no podía permitirse excesivos lujos en la elección de coche. Los ahorros no daban para más.

Por unos momentos, mientras se abotonaba el abrigo, a su mente acudieron las palabras de Fred, el conductor de camiones: *«Durante los meses que estuviste ausente, pensé que te habrías casado y nunca más volverías»*.

No, no había sido eso. Pero tampoco fueron unas vacaciones. Aquellos meses de intervalo, guardaban oscuros y penosos recuerdos para la alegre muchacha del parador de la ruta.

Permaneció unos instantes, con la mirada fija en el exterior nevado, a espaldas del edificio del parador. Los recuerdos acudieron, aun contra su voluntad, a la mente de la muchacha…

* * *

—¿Vera Fraser?

—Eso es. Yo misma.

—Gracias. ¿Qué debo hacer ahora?

—Aquí tiene su alta. Enhorabuena, señorita Fraser.

—Vaya a «Recepción». Entregue la tarjeta de alta Le cortarán la sección verde, y le será entregado un pase de salida, sellado. Con ese pase y la tarjeta, podrá pasar después a la sección de entrega, donde le devolverán la bolsa de sus pertenecías.

—No es fácil ni rápido, ¿eh? —sonrió ella.

—No puede serlo, señorita Fraser —observó el empleado de la ventanilla—. Las personas que abandonan el establecimiento, deben ser auténticos casos curados, altas ciertas. Con esos formulismos complicados, se molesta al paciente que deja el hospital. Pero evitamos que un posible enfermo escape, aguzando su astucia, que lo general es bastante aguda de por sí, en la clase de pacientes que aquí se albergan.

—Entiendo. Gracias. Hasta nunca.

—Ojalá sea así, señorita Fraser —dijo, comprensivo, el empleado

—. Le deseo suerte.

Vera Fraser sonrió con cierta amargura, sin comentar nada. Avanzó por el largo, blanco corredor con olor a desinfectantes. El ácido fénico hería sus nervios. Era demasiado el tiempo que llevaba soportándolo, y venía unido a recuerdos poco gratos, para que el aroma clínico le resultara agradable.

Hizo cuanto se le dijo. En «Recepción» le arrancaron a la tarjeta la sección verde. Quedaron dos más: una blanca y otra azul. Monótonamente, y antes de entregarle el boletín que rellenaba a máquina, con aire impersonal, una mecanógrafa de nariz ganchuda, lentes y rostro acartonado, iba recitando:

—Vera. Soltera. Camarero y cocinera de bar-restaurante. Empleada en «Acme Agency», de Manhattan. Paciente de la sala cinco, doctor Mac Adams. Enfermedad: trastornos neurológicos, hiperexcitabilidad crónica. Dada de alta. Curada, veintidós años. Rubia. Ojos pardos, nariz breve. Estatura, un metro sesenta y dos… Firme aquí, por favor.

Vera respiró, fatigada. Pero firmó. La mujer, sin una sonrisa, se encaminó a una puerta vidriera, en la que golpeó, desapareciendo luego tras ella. Cuando reapareció, traía la tarjeta con otra firma, y un sello. La adhirió, con una grapa, a la tarjeta de alta. Y con todo ello, Vera se encaminó a la sección de entregas.

Allí cortaron la sección azul de su tarjeta de alta, y se quedaron el boletín firmado por ella y por el director médico del pabellón. Le fue entregada una bolsa de papel plástico, con una relación de objetos incluidos en ella, que firmara la propia Vera al ingresar en el establecimiento.

No se molestó en comprobarlo. Sabía que estaba todo, hasta la última pertenencia. Las recogió, guardándolas en un monedero también incluido en la bolsa, y echó a andar hacia la puerta. Hacia la salida por fin…

Cruzó el umbral de la gran vidriera. Se estremeció erguida en lo alto del tramo de escaleras de piedra que descendían a la calle, al amplio aparcamiento, entre parterres, del *Medical Neurological Center.*

Una ambulancia estaba deteniéndose a la puerta del centro sanitario. Un enfermo más que llegaba. Le vio descender, dentro de una camilla blanca, llevado por dos enfermeros que actuaban con

fría profesionalidad. Ella había llegado así un día. Descendió los escalones. Respiró a pleno pulmón el aire de la tarde. Frío, ligeramente húmedo. El invierno era aún benigno en Nueva York. Caminó por la acera, despreciando la hilera de taxis Aparcados allí cerca. Quería, volver a sentir el soplo del aire en su rostro, de la luz del cielo, sin ventanas enrejadas por medio. Era como volver a la vida. Como dejar atrás oscuro paréntesis de su existencia.

No sabía cómo iba a ser esto. Pero sin duda, mucho mejor que lo anterior. Sin depresiones nerviosas, sin neurastenia aguda, sin imaginar cosas que no eran. De nuevo una mujer. Una mujer normal, entera, segura, dueña de sí, joven, inteligente y bonita.

Llegó al cruce con la calle Cuarenta, sin haber subido a un taxi. Fue un largo, apacible y sereno paseo, respirando a pleno pulmón, bajo las moles de cemento y cristal, contemplando a las gentes, deteniéndose ante los escaparates, donde muchas cosas no eran ya como ocho meses atrás.

Ocho meses es poco tiempo para el que sigue su ritmo habitual Demasiado para quien se encierra entre los muros de una institución sanitaria, a reponer su salud, curar su cuerpo y su mente de pavorosos fantasmas que le destruyen a uno.

Había anochecido ya. Las luces de los fluorescentes, de los establecimientos y del alumbrado público, bañaban de claridad multicolor las calles de Broadway. El doctor Mac Adams había dicho que no saldría hasta cuarenta y ocho horas después. Luego, al advertir los deseos de Vera de dejar su encierro, y comprobar su perfecto estado físico y mental, firmó la orden de salida, el alta definitiva, con una sonrisa complaciente.

Por eso Fergus Green no había acudido a recogerla, ni ningún otro de las oficinas de la «Acme» tampoco. En realidad, nadie sabía que ella, Vera Fraser, estaba ya nuevamente en el mundo, que había regresado a la vida…

Sonrió, contemplándose en el espejo de un establecimiento de modas. Su ropa no era la adecuada. Había, modelos más graciosos y modernos, expuestos en el escaparate. Si algo no cambiaba en ocho meses, era el valor del dinero. Aún llevaba en su bolso el dinero suelto y un talonario de cheques del *National Bank*.

Entró, preguntando si podía adquirir ropas pagando con un cheque. Afirmó el empleado, y Vera pudo hacer sus compras.

Cuando abandonó el establecimiento, subió a un taxi, y se encaminó a las oficinas de la «Acme».

Cuando llegó, solamente el viejo conserje, Benson, estaba allí. Al verla, se incorporó, con expresión radiante.

—¡Señorita Fraser! —exclamó—. ¡Es estupendo! ¿Ha regresado ya? —Sí, Benson. He regresado. Y quiero volver al trabajo cuanto antes—. Oh, lo comprendo. Ha descansado ya lo suficiente, ¿no?

—Eso es. Lo que necesito es actividad, distraer la imaginación, Benson.

—Es natural. Avisaré al señor Green. El creía que usted salía más tarde del hospital. En otro caso, hubiera ido a recogerla.

—Ya lo sé. ¿Todavía puedo volver al mismo sitio, Benson?

—Supongo que sí, señorita Fraser. Ahora hay una camarera provisional. Una pelirroja pecosa llamada Gertie. A los muchachos no les gusta en absoluto. La prefieren a usted. Y eso que ya han pasado cinco suplentes suyas. Teniendo en cuenta que el señor Green acostumbra a elegirlas con más curvas que la carretera, ya supondrá lo que los camioneros las quieren.

—Sí, Benson, gracias —suspiró Vera—. Me gustaría mucho volver allí. Me gusta mi trabajo. Y aquél es un lugar magnífico para trabajar. Yo también estoy a gusto con el personal…

* * *

Y había vuelto al parador de la carretera Buffalo Nueva York, en su milla trescientos cuarenta y dos.

Con Fred, con Shelby, Murdock y todos los demás. Fergue Green, su patrón, se sintió feliz al verla regresar. Sus palabras fueron claras, expresivas, cordiales:

—Bienvenida a tu casa, Vera. Todos te hemos echado mucho de menos. Incluso mi mujer me preguntó muchas veces por ti, cada ocasión en que ha venido, los días festivos, al parador. Eres una muchacha excelente, a quien todo el mundo aprecia. Hasta ahora, muchas veces se quejaron los muchachos de los camiones de que cinco o diez minutos antes de la hora habitual, ya no encontraban a nadie cuidando del parador, y tenían que seguir, aunque tuvieran el gaznate más seco que un desierto. Ahora, al menos, saben que nunca te encontrarán más tarde de la hora de cierre. Pero que

siempre estarás tras el mostrador, sólo con que falten treinta segundos para cerrar.

Y era verdad. Ella estaba justamente hasta el minuto final de su horario. Entonces cerraba las puertas, tras haber hecho el arqueo correspondiente en la registradora, dejaba las cuentas para que su jefe las revisara al otro día, y se llevaba la liquidación del día, que ingresaba en la cuenta de la «Acme» puntualmente, al otro día. Era mucha la confianza que tenían en ella.

Por, eso, la «Acme», y el vicepresidente, Fergus Green, en persona habían pagado su estancia en el mejor centro clínico para neurología, en toda la ciudad de Nueva York. Por eso, nada le faltó en aquellos meses. Y por la misma razón, al volver a la vida, habíase encontrado con su puesto, esperándole en el parador de carretera.

* * *

La rápida película de acontecimientos inmediatos, desfiló por su mente en escasos segundos. Se encontró en el exterior, arrostrando el frío aire, que golpeaba su rostro, arrojando copos de nieve contra él.

Cerró la puerta del parador con la llave y el candado de siempre, ajustando los cierres de metal que dejaban el lugar convertido en un edificio sólido y seguro.

Cruzó el porche a la carrera, hundió sus pies en la blanda nieve, y abrió la portezuela de su viejo «Buick», luchando con el motor para ponerlo en marcha. Le costó algún tiempo, pero finalmente lo logró.

Estaba algo nerviosa. Ella nunca se retrasaba tanto. Pero aquella noche, la pandilla de jóvenes excursionistas que se pararon con un autobús, para tomar un refrigerio en el parador, complicó las cosas. Gracias a eso, Fred había encontrado a Vera en el lugar.

Precisamente aquella noche había prometido a Hal Robson acompañarle al baile del «Rex Paladium». Llegaría tarde, con toda seguridad.

Normalmente, Hal Robson no era la compañía ideal, tal como ella lo entendía. Pero era un buen muchacho, y ella necesitaba distraerse, ir volviendo lentamente a la vida, olvidando cosas tristes

y sombrías… Procurando olvidar a Banyard y todo lo demás.

Rodeó el edificio con su automóvil, y partió rápidamente hacia la ciudad. Había poca distancia hasta Jersey City. Luego, el trayecto a través del túnel, y finalmente estaría en Manhattan. Confiaba en que Hal no se hubiera cansado de esperar. Si era así, tendría que retirarse a dormir. Ya era muy tarde para ir a un cine o a un teatro.

El automóvil se deslizaba por la resbaladiza cinta de asfalto, a buena velocidad, aunque no excesiva. Vera no era una muchacha imprudente, ni siquiera sentada ante el volante de un coche.

De súbito, pisó el freno y detuvo el automóvil en medio de la carretera, luego de comprobar que nadie iba tras ella por el desierto camino bordeado de blancas y esponjosas masas de nieve.

Se había olvidado algo en el parador. Tenía que volver allá. Había dejado la carterita, o monedero portátil, que extrajera de su bolso para devolver un cambio en moneda fraccionaria, en cierta ocasión del día, en que no había vuelta en caja.

Y el monedero estaba sobre la repisa de la ventanilla de la cocina, donde servían los platos calientes para su despacho al público. Lo peor no era el monedero, que contenía escaso dinero. Es que allí dentro llevaba las llaves de su apartamiento.

No tenía más remedio que volver, o alojarse en un hotel. Y, a tan escasa distancia del parador, era preferible la primera solución. Sólo se demoraría diez minutos más.

Suspiró al hacer la maniobra para poner el coche en dirección opuesta. Hal tendría que conformarse con ir solo al baile o con elegir a una muchacha cualquiera.

El coche regresó hacia el parador.

Hacia algo que Vera Fraser ni siquiera podía imaginar…

CAPÍTULO II

TERROR

Detuvo el automóvil en el cruce de caminos, junto a la cuneta. Apenas a cien pasos de distancia del parador. Había dejado de nevar. También había cesado el aire. Caminó sobre la crujiente alfombra blanca, hasta el oscuro busto del parador al borde de la carretera.

Se detuvo un instante, sorprendida. Un automóvil, largo y oscuro, aparecía parado ante el edificio. Unos hombres avanzaban hacia la puerta del mismo. Eran dos. Parecía haber otro en el coche.

Vera Fraser avanzó rápidamente, exclamando con voz clara:

—¡Eh, oigan! ¡Ustedes!

Los dos hombres se volvieron. Llevaban abrigos oscuros. Uno era alto y delgado; el otro, algo más bajo, y también más ancho, más fornido.

—¿Quién es usted? —interpeló uno de ellos, el de mayor estatura—. ¿Qué hace aquí?

—Soy empleada del parador —explicó ella—. Lamento decirles que hemos cerrado ya.

—¿De veras? ¿Y de dónde viene usted ahora?

—Me marchaba. He vuelto a por algo que olvidé. Pero no puedo atenderles, si eso es lo que suponen. Son las órdenes, señores. Una vez cerrado… está cerrado.

—Ya —el hombre alto miró al otro. Al volverse de perfil, la claridad de los faros del coche reveló su mejilla derecha, surcada por una cicatriz en forma de siete, delgada y lívida. La nariz era halconada, los ojos oscuros—. Bueno, después de todo tendremos

que seguir viaje. La señorita tiene razón. Hay otros paradores. Y Jersey City está cerca…

—Sí, Sam, como quieras —asintió el otro.

Vera contempló su doble papada, su cara gordinflona, sus gafas de gruesos cristales, sobre la nariz ancha, de boxeador. Los dos hombres dieron marcha atrás y se encaminaron de nuevo al automóvil. El tercer personaje no se había movido del coche. Estaba reclinado en el asiento inmediato al del volante. No parecía en absoluto interesado por lo que ocurría a la puerta del oscuro parador. Ni siquiera se había movido de su posición inicial. Ni tampoco pudo apreciar si era un hombre o una mujer.

Vera les vio subir al automóvil y alejarse suavemente, por la carretera helada.

Se volvió, abriendo la puerta del parador. Entró en la sala. Rodeó el mostrador, y tomó el monedero, colocado sobre la ventanilla de la cocina.

Regresó hacia el exterior. Mientras lo hacía, estaba pensando en algo. Sin querer, recordó a la pareja del automóvil, al hombre silencioso situado dentro del vehículo.

Había algo raro en todo aquello. Nunca vio a la pareja, aunque tal vez, después de todo, fueran clientes de poco tiempo, cuando ella… estaba allí. Si habían visto el parador en sombras… ¿por qué se detuvieron en él? ¿Iban realmente a probar si estaba abierto, o bajaron del coche por otra razón, y luego rectificaron, al verla a ella?

El tercer viajero del automóvil, el que permaneció dentro todo aquel tiempo, ¿era hombre o mujer? Apenas si había vislumbrado simplemente su cuerpo, recostado rígidamente en el asiento. Lo mismo que una persona inconsciente…

Ceñuda, pensando todavía en aquélla, salió al exterior. No se veía ni el menor rastro del automóvil oscuro. Respiró aliviada, sin saber por qué. Luego, encogiéndose de hombros, avanzó hacia su propio vehículo.

Arrancó, y el parador quedó atrás, en la noche. Los faros de su coche alumbraban la carretera. La ligera capa de nieve iba marcando las huellas del automóvil que la precediera, nítidamente. Desde que cesó la nevada, ningún otro vehículo había pasado hacia la ciudad, excepto el suyo y aquél. De pronto, frenó con

brusquedad. Era la segunda vez que lo hacía en la noche.

Y ahora no porque hubiera olvidado algo. Estaba mirando hacia el centro de la carretera, adonde las huellas de neumáticos describían una cerrada curva, regresando en dirección opuesta desde allí.

Parpadeó, sorprendida. Giró la cabeza. No había visto ni rastro del automóvil. Claro que había dos cruces en escaso margen de ruta, y cualquiera de ellos podía haber servido para que el automóvil cambiara de dirección.

La explicación, sin embargo, no le satisfizo en absoluto. Veía algo raro en todo aquello. Aunque tal vez sólo estuviera en su imaginación. Debía de andar con cuidado. Era malo dejar suelta la imaginación, cuando se había pasado lo que ella pasó.

Más por convencerse a sí misma de ese error que por otra cosa, optó de nuevo por retroceder al parador. Eso le impediría que la preocupación le torturase toda la noche.

Así lo hizo. Perdería unos minutos más. Lo cual, dado lo avanzado de la hora, no tenía ya gran importancia. Definitivamente, había renunciado a Hal y a su baile.

Regresó a buena marcha, que redujo al hallarse cerca del parador. Situó al automóvil en el cruce, frenando con suavidad, cuando descubrió la forma del vehículo negro.

No era imaginación suya, después de todo. *¡Habían vuelto al mismo lugar!*

Sintió que un estremecimiento recorría su ser. ¿Qué sucedía? ¿Qué pretendían aquellos hombres?

Estaba asustada. Pero, por otro lado, era una mujer valerosa y decidida. Sentía una abierta lealtad hacia su patrón, Fergus Green. No dejaría que le saquearan el edificio o causaran algún daño a su propiedad, si estaba en su mano evitarlo. Cierto que podía detenerse en alguna vivienda de la carretera y avisar a la policía.

Pero ¿estaba totalmente segura de que existía un motivo para recurrir a la Ley?

No, no podía estarlo. Cualquiera puede aparcar en un sitio determinado, si le place. Eso no constituye delito, salvo en la ciudad, si se elige el aparcamiento ante una boca de riego o en lugar no autorizado. Pero en una carretera…

Vera Fraser vaciló. No sabía qué hacer.

Su decisión final estuvo dictada por su innato valor.

Abrió la portezuela del coche, y saltó a tierra. Avanzó con rapidez y sigilo, procurando pisar la nieve, en la cuneta. Sus piernas se hundían en el blando y frío elemento. Sentía penetrar la humedad, empapando sus finas medias de nylon.

Llegó ante la casa. Su corazón le dio un vuelco. ¡La puerta del parador estaba abierta!

La habían descerrajado, sin duda. No había nadie en la carretera. Dentro, borrosamente, sonó un leve murmullo de voces. Los ojos de Vera se fijaron en el automóvil aparcado en la carretera. Seguía sentado junto al volante el tercer personaje.

Inmóvil y callado. Dentro del allanado edificio, no brillaba una sola luz.

Ahora sí había motivos para avisar a la policía. Pero la inmovilidad del tercer ocupante del coche volvió a atraerla. Resultaba extraña, inquietante. Tal vez llevaban secuestrado a alguien.

Cruzó la carretera, desde la cuneta, hasta el lugar donde estaba parado el coche, agazapada y sin hacer ruido. Llegó junto al automóvil. Era oscuro, un «De Soto» de modelo reciente.

Sin incorporarse, oteó el interior. El ocupante era una mujer. Dormía, al parecer, reclinada contra el asiento delantero. Tenía los cabellos plateados, gafas de sol, y posiblemente su sueño fuera provocado por alguna droga o narcótico.

Probó la portezuela de aquel lado. Se asombró de su propio valor. Antes, miró hacia la casa, advirtiendo que no salía nadie. Luego, movió la manecilla de la puerta. Cedió. Abrióse, sin hacer el menor ruido. Se asomó dentro, osadamente, al advertir de una manera definitiva, la inmovilidad total de la mujer.

Era joven y bonita. Vera se dijo que no cuidaban demasiado de ella. Iba sin abrigo, y su falda llegaba a arrugarse sobre sus muslos, dejando al descubierto sus bellas pantorrillas, enfundadas en caro nylon color humo, y rematadas por unos zapatos rojos, de raso, con hebillas de metal plateado en forma de rombos. Todo eso lo captó su aguda mirada en un segundo.

Evidentemente, la habían dormido o narcotizado. Sus manos, enguantadas de negro, descansaban sobre el regazo de la roja falda en desorden. El escote del vestido, con una uve muy pronunciada,

permitía descubrir el nacimiento de su seno, agresivo y juvenil.

Vera, compasiva, tiró de su falda, para cubrirla un poco. Al hacerlo, tocó la helada piel, sobre las medias. Se alarmó. Estaba demasiado fría, era una imprudencia cruel, casi criminal, llevarla allí en tales condiciones.

Nuevamente miró al parador. No salía nadie. Los segundos volaban. Rápida, tocó las mejillas de la mujer. Heladas. Se estremeció. Era un frío raro…

Súbitamente, quiso mover uno de sus brazos. Era preciso comprobar si la muchacha necesitaba auxilios rápidos para no congelarse… Entonces advirtió que la calefacción dentro del coche era bastante fuerte.

Calefacción… ¿Cómo entonces, podía estar helada la muchacha? Y justo en ese instante, tocó su brazo, movió la mano enguantada.

Retrocedió, con un chillido terrible, espeluznante…

¡El brazo de la mujer estaba rígido, helado también, y al intentar moverlo, el cuerpo entero de la viajera del «De Soto» habíase deslizado grotescamente cayendo a la nieve, con un sordo rebote y un horrendo golpe seco en la carretera!

—¡MUERTA!… —chilló Vera—. ¡Está *muerta…*!

Alzó la mirada. En aquel momento, los dos hombres habían aparecido en la puerta del parador.

CAPÍTULO III

LA VIDA EN UN HILO

No supo cómo lo hacía, ni de dónde sacaba sus fuerzas y su energía para ello. Pero se encontró corriendo vertiginosamente mientras uno de los hombres gritaba:

—¡Que no escape! ¡Sujétala, mientras yo recojo el cadáver!

Alucinada, llena de vivísimo terror, Vera Fraser corría como un demente, a través de la nevada campiña, en dirección a su automóvil, tan cerca y tan lejos a la vez.

Detrás suyo, los zapatos del hombre bajo y gordo hacían crujir la nieve con pasos rápidos y enérgicos.

Ahora estaba segura de algo. La mujer muerta, al caer había dejado ver su nuca, horriblemente destrozada, con la sangre seca coagulada en sus cabellos. La visión fue rapidísima, casi, inaprehensible. Pero Vera era muy observadora. Lo descubrió en el acto.

Era preciso llegar al coche, intentar la fuga, llegar a algún sitio donde pudiera pedir socorro, ponerse en contacto con la policía. Pero aquel hombre la alcanzaría. Estaba ganando terreno, casi le pisaba ya los talones.

Acaso fue la Providencia. Solamente así pudo salvarse de ser alcanzada. Pero de súbito, a espaldas suyas, percibió un grito sordo, un juramento soez, y un golpe brusco en tierra. El perseguidor había patinado, cayendo aparatosamente. De lejos, le llegó la voz irritada de su compañero:

—¡Imbécil! ¡Se te va a escapar! ¡Regresa, la perseguiremos en el coche!

Esto dio nuevas alas a sus piernas. Corría como desesperada. Ahora sabía que era cuestión de segundos, que su vida o su muerte dependían exclusivamente del tiempo que tardara en alcanzar el automóvil, en primer lugar, y de que corriera más que sus perseguidores, en segundo.

Gruñendo y jurando rabiosamente entre dientes, el hombre caído en la nieve se iba incorporando, para correr junto a su compañero, montado ya en el coche oscuro.

Vera estuvo a punto de resbalar también. Un frío helado recorrió su cuerpo en la leve fracción de segundo que medió entre el resbalón y la posible caída. Un esfuerzo titánico, sobrehumano, logró impedir lo que hubiera sido funesto para ella.

Llegó el automóvil, forcejeó angustiadamente con la portezuela y logró abrirla. Saltó al interior, aferró el volante y puso en marcha el coche. No le importó que al hacerlo, se rasgara su falda hasta el muslo, y un frío cortante hiciera estremecer la piel de sus piernas desnudas.

Cerró, sin preocuparse de que la portezuela prensara un extremo del abrigo rojo. El motor respondió milagrosamente. Comenzó a roncar enseguida, pese al súbito, estremecedor pánico de la joven, que por un momento temió lo más terrible: que pudiera estar helado el motor, por efectos de la baja temperatura.

No fue así, y el vehículo se puso en marcha a vertiginosa velocidad cuando pisó el acelerador. Los neumáticos patinaron sobre el asfalto helado, y la aguja del indicador de velocidades llegó a rozar las ochenta millas. ¿Pero qué podía ser eso, casi máxima marcha de su viejo coche, junto a las ciento diez o ciento veinte millas que era capaz de desarrollar un «De Soto» de aquel modelo que poseían los asesinos?

Poca o ninguna esperanza tenía. Pero mientras hubiera una, o el resquicio de una vaga esperanza, por lejana que fuese, tenía que luchar. Luchar incesantemente, luchar con alma y vida, hasta el final, fuera éste el que fuese…

Ya roncaba el motor del «De Soto» a sus espaldas. Unos faros deslumbradores barrieron la carretera, antes de que Vera lograse impulsar a su automóvil por la curva cerrada que la ruta hacía allí, a escasa distancia del cruce.

Vera presionaba con energía el acelerador. Pero era imposible

aumentar la marcha del vehículo. Éste había llegado a su máxima potencia, y de ahí no pasaba.

En cambio, el «De Soto», con suma facilidad, iba reduciendo la distancia que separaba a ambos. Cada metro que separaba a uno de otro, era como una posibilidad menos, absorbida por el potente motor del «De Soto»; como un paso más de la Muerte, detrás de la aterrorizada fugitiva.

Giró la curva vertiginosamente, y por unos segundos, no vio al «De Soto» detrás. Pero en el acto apareció en la vuelta de la carretera, patinando suavemente sus neumáticos sobre la nieve. Quizá esa misma suavidad engañó a su conductor. Pero la velocidad del coche, y el estado resbaladizo y peligroso del endurecido hielo, hicieron el milagro.

El «De Soto» perdió la estabilidad, se despistó, y fue a chocar violentamente con el radiador contra un árbol. El grito áspero de uno de sus ocupantes, no sirvió de nada; tampoco el esfuerzo del otro por controlar el volante. Las ruedas habíanse deslizado lateralmente, a causa del propio suelo helado y terso. Iba demasiado pegado el coche al borde de la ruta, para impedir el choque.

Vera no advirtió en principió lo que sucedía. Lo único que observó es que los faros del «De Soto» no caían ya sobre ella. Giró un momento la cabeza. Descubrió al coche inmóvil. Ya estaban intentando sacarlo del lugar donde se metiera, pero eso le concedía otro margen, quizá precioso…

Con la misma rapidez, siguió adelante, giró en otra curva, lanzándose por una pendiente de la carretera, ya con las luces de Jersey en la distancia, salpicando la negrura de la noche.

Pero la rampa era allí muy pronunciada y el sendero peligroso. Era mejor reducir la velocidad. El automóvil no era lo bastante seguro como para cometer imprudencias. Pese al terrible peligro que le acechaba…

Trató de ir frenando lentamente, aplicando al automóvil una velocidad más sensata para la clase de vehículo que conducía.

No sucedió nada. La velocidad se mantuvo inalterable. Vera dejó de pisar totalmente el acelerador. Nada. La aguja se mantuvo invariable, utilizó el freno.

¡Nada! Un sudor helado humedeció la piel de la joven. Tiró con mayor fuerza del freno. La velocidad no disminuyó. Por el

contrario, al aumentar la pendiente, aumentó la marcha también. Los frenos no respondían. El viejo coche fallaba…, ahora que estaba lanzado cuesta abajo. Lanzado hacia la Muerte, precisamente cuando pretendía escapar de ella…

* * *

Las mujeres estaban locas. Todas estaban locas.

Eran una especie humana llena de neurosis, estupidez y obstinación. Él lo sabía. Por eso había roto un compromiso. Por eso ahora estaba helándose hasta los huesos en su automóvil, con la ventanilla abierta, él aire glacial entrando en el coche, y agitando sus cabellos y ropas, mientras conducía a una velocidad suicida, alejándose de Nueva York, de Jersey y de sus luces; encaramándose a alguna parte del mundo donde no hubiera mujeres. Si es que ese lugar existía…

James Andrews maldecía a las mujeres con toda su alma. Era injusto, después de todo. En realidad; solamente una mujer tenía la culpa de sus problemas: Ada. Pero no se le podía pedir ecuanimidad a un hombre que, de un súbito impulso, ha sido capaz de terminar unas relaciones formales y romper una boda próxima.

Por eso incluía a todas en su dura opinión. Y lo que iba a suceder muy pronto, confirmaría el criterio del joven presentador de la televisión.

Dobló una curva, iniciando el ascenso de la carretera en pendiente que aparecía ante él. Esto le obligó a reducir algo su velocidad. Arriba, frente a él, aparecieron los faros de un automóvil, en dirección opuesta a la que llevaba él.

Frunció el ceño, sorprendido, al advertir de pronto lo rápidamente que crecían aquellos faros. La velocidad del coche, para venir cuesta abajo, debía de ser muy grande. De viejo modelo, y en precario uso, según advirtió el tenerlo más cerca.

Los faros del automóvil aquel parpadearon insistentemente. Al mismo tiempo, su claxon sonó con rabia, estridente. James Andrews se fijó de nuevo en los parpadeos al pasar el coche junto al suyo, como una exhalación.

Rápido, aplicó los frenos. Había creído entender algo en aquellos parpadeos intermitentes, cortos y largos, algo asombroso. ¡Morse!

¡Un *SOS en* Morse, a base de parpadeo de luz!

Aquel automóvil pedía socorro…

Manejó el volante con una rapidez de reflejos asombrosa. Si algo había en el mundo que supiera James Andrews a la perfección, aparte de anunciar los jabones «Sun» y las máquinas de afeitar «Allshave», delante de las cámaras de TV, era manejar un automóvil. Giró su magnífico «Cadillac», y piso el acelerador a fondo. Para James Andrews, pisar a fondo un acelerador, era precisamente eso: pisarlo a fondo.

El coche rugió, partiendo como una flecha tras el de las señales luminosas. A pesar de que el otro vehículo ya le llevaba ventaja, y de que la pendiente era muy pronunciada en aquel trecho, pronto dio alcance al *coche*, lo acorraló junto a la cuneta, donde se acumulaba la nieve en montones esponjosos, y marchó durante un breve trecho junto a él, siempre manteniéndolo en el borde.

Comprendía lo que estaba ocurriendo. Por una u otra razón, los frenos del vehículo no respondían a su conductor. Éste había advertido ahora su maniobra, y se dejaba llevar, suavizando leves golpes laterales que recibía del coche contrario, para ir amortiguando la velocidad.

Luego, Andrews realizó la parte más difícil. Adelantó el otro vehículo, se pegó al mismo borde, y fue reduciendo la marcha, muy lentamente, hasta sentir un leve golpe en la parte posterior, cuando el otro coche entró en contacto con el suyo. Así, paulatinamente, con grandes precauciones, redujo más y más la marcha, hasta frenar por completo.

Y, con él, frenó el otro coche.

—Bueno —masculló, enjugándose la transpiración de su frente con el dorso de la mano—. Creo que lo he logrado. Ahora, a ver lo que le ocurre a ese amigo.

Abrió la portezuela y saltó a tierra. Pisó la nieve de la cuneta, hasta detenerse junto al otro coche, cuya portezuela se estaba abriendo también, y el único ocupante del automóvil desmandado salía a encontrarse con él.

—¡Oh, no! —gimió James Andrews, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Una mujer!…

Vera Fraser, sin comprender lo que decía aquel desconocido a quien debía su milagrosa salvación, se apresuró a mirar hacia atrás.

No veía aún coche alguno en pos del suyo. Parecía que los perseguidores hubieran desaparecido. Pero en cualquier momento podían reaparecer.

—Gracias, señor —dijo con voz profunda—. Muchas gracias… Me ha salvado la vida.

—Eso creo. Pero dele las gracias a mi coche, no a mi —sonrió Andrews forzadamente—. Lo que me gustaría saber, es lo que le pudo suceder para…

—Se estropearon mis frenos. Me vi lanzada, sin poderme detener… Fue por huir de aquellos hombres, de los asesinos y del cadáver…

—Los… ¿qué? —estalló James, aturdido, abriendo mucho sus grises ojos agudos.

—Oh, ya sé que es difícil de creer —miró atrás, con angustia, con ojos dilatados. Luego, volvióse a contemplar el rostro ancho, firme, enérgico y juvenil de aquel hombre erguido ante ella. Era alto, fuerte, bien parecido… y además, le debía la vida. Le producía una rara sensación de alivio y seguridad hallarse a su lado—. Pero le digo la verdad, señor. Vi a la muchacha asesinada dentro del automóvil… Tenía el cráneo roto… ¡Era horrible! Y ellos parecían tan tranquilos, tan normales… Cuando vieron que lo había descubierto, se lanzaron tras de mí… sin duda, para matarme también… ¡Por Dios, tiene que ayudarme! ¡Tiene que creerme y llevarme con usted lejos de aquí!

—Vayamos por partes, señorita. —Andrews luchó con su incredulidad, por puro formulismo—. Dice que le fallaron los frenos, ¿no es eso?

—Sí… El coche es viejo, le forcé demasiado…

—Ya veo. Y le hizo también huir, perseguida por alguien…

—Eso es. Por dos hombres que llevaban a una mujer muerta en su coche.

—¿Y cómo lo vio usted? ¿La llevaban a la vista?

—Oh, sí. Ella iba sentada junto al volante…

—¿La muerta? —Andrews casi pegó un respingo.

—Sí. La habían sentado como si fuera viva.

—¿Y a usted la dejaron verla, le permitieron acercarse, a pesar de ello?

—Estaban en el parador, al que yo había vuelto a por mis llaves.

—¿En un parador? ¿Y no pudo gritar, llamar a alguien?

—Usted no me comprende. En el parador no había nadie. Estaba cerrado.

—Si estaba cerrado, ¿cómo estaban ellos allí?

—Es lo que no sé. Habían entrado, tal vez rompiendo la puerta… Yo trabajo allí. Yo volví, porque me dejo las…

—Sí, sí, las llaves. Ya la he oído antes. Volvió, y ellos estaban dentro.

—No, no. Estaban fuera. Eso fue después, cuando volví otra vez.

—¿Aún volvió otra vez? —Andrews cada vez entendía menos aquello.

—Por Dios, tiene que entenderme —trémula, volvió a mirar hacia atrás. Pero no aparecía ningún coche en la larga cinta de asfalto helado—. Yo vi algo raro en ellos… y volví.

—Oh, entiendo. Volvió. ¿En quién había visto algo raro? —La paciencia de James se agotaba.

—En esos hombres. Querían entrar en el parador, cuando fui a por las llaves. Les dije que estaba cerrado, y se fueron. Luego, volvieron. Vi sus huellas en la carretera, no cabía duda de que habían aprovechado mi marcha para regresar. Temiendo por si asaltaban el parador o algo así, regresé. Entonces les vi dentro de la casa… y me acerqué a su coche. Estaba la chica… muerta. ¡Asesinada, señor! ¡Se lo juro!

—Bueno, bueno, yo no le he dicho que no. ¿Habían dejado el coche en la carretera con el cadáver y todo?

—Sí. —Vera afirmó con algo menos de énfasis. De súbito, advertía lo extraño, lo inverosímil de su relato. A pesar de que ella sabía que todo, absolutamente todo, era cierto—. Sé que suena extraño, pero le estoy diciendo la verdad, señor…

—Muy bien. Vayamos, entonces, en busca de esos hombres.

—¡No! ¡No haga eso! ¡Son dos asesinos, lo sé! ¡Me perseguían para matarme!

—¿La perseguían? —Su mirada barrió la carretera—. Pues no se ve a nadie.

—Llevaban un «De Soto», venían tras de mí…

—¿Un «De Soto» no alcanzó a… a su coche? —Andrews señaló el vehículo de la joven, con extrañeza. Volvió a mirar la carretera desierta—. Es… es raro, ¿no cree?

—Me hubieran alcanzado. Pero se pegaron contra un árbol. Patinaron…

—Vaya por Dios —suspiró el joven presentador de televisión de la ABC—. Providencial árbol, y providencial patinazo…

—¿No me cree? —gimió Vera. Giró la cabeza un momento. En la carretera roncaba un motor ahora. Dos faros centelleaban en la distancia, haciendo brillar nítidamente la nieve de las cunetas y de los árboles—. ¡Mire! ¡*Ahí están ellos*!

—¿Cómo lo sabe? Dos faros, a distancia, son sólo los faros. Nadie puede distinguir a qué coche pertenecen…

—¡Son ellos! ¡Lo sé…, lo sé! —jadeó Vera, intensamente aterrorizada—. ¿No… no lleva armas, señor? ¡Por favor, entonces vámonos de aquí!

—No corra tanto. —James Andrews contempló con expresión calculadora al vehículo que se aproximaba—. Esos tipos no pueden pasarse la noche matando gente, sólo por el gusto de hacerlo. Todo tiene sus límites. Ya verá cómo no son ellos. Si lo fueran, no creo que viniesen por aquí tranquilamente con cadáver o sin él…

—¡Seguramente aún lo llevan consigo! ¡No habrán tenido tiempo de deshacerse de él! Y si lo hicieron… estará en la nieve, en alguna parte de la carretera, sin duda.

—¿Tanto pasear un cadáver de mujer, con la cabeza rota, para luego tirarlo como una bolsa de cacahuetes vacía? —Meneó la cabeza—. No, no. Sería incongruente… Verá, señorita. Vamos a hacer una cosa…

—¡No! —chilló de nuevo la joven—. ¡No haga eso!

Pero él ya lo había hecho. Y consistía en salir a la; carretera, erguirse en medio de ella, junto al coche, y agitar los brazos, pidiendo al otro automóvil que parase.

—¡No! —le gritaba la joven, agazapada contra su propio coche —. ¡Ése es el automóvil! ¡Es un «De Soto»!… ¡Son ellos!

Pero Andrews no parecía impresionado por ello Siguió hacendó señas al coche. Y, de súbito, éste frenó en seco ante el joven. Vera se tapó los ojos, asustada. Esperaba cualquier horror. Aquellos hombres saldrían del coche empuñando pistolas automáticas, o cuchillos… o llaves inglesas, para atacar al imprudente automovilista.

La portezuela se abrió. Unas largas piernas de hombre saltaron a

tierra. Era el tipo alto y enjuto. Por la portezuela opuesta, fue el más bajo quien descendió. Lívida, Vera reconoció la voz del de más estatura:

—¿Algún accidente, señor? ¿Sucede algo? Y el otro, con voz untuosa, añadió solícito:

—Sí… ¿En qué podemos servirle, amigo?

Andrews parpadeó. Una rápida mirada a la muchacha, le reveló el terror de su rostro. Los dos automovilistas siguieron la dirección de su ojeada. Les estudió el gesto muy de cerca. No captó la menor emoción en ellos.

—Hubo un accidente, es cierto —asintió—. Un accidente que pudo costar la vida a esa señorita. La conocen, ¿verdad?

—¿Nosotros? —Se miraron entre sí; el que hablaba era el de mayor estatura siempre. Luego ambos estudiaron a la joven—. Pues no, creo que nunca la vi antes de ahora. ¿Y tú?

—Tampoco —la estudió, al parecer con gran interés. Meneó la cabeza luego—. No, no. Seguro que no.

—¡Están mintiendo! —gritó Vera—. ¡Ellos me vieron en el parador! ¡Ellos me persiguen, porque encontré el cadáver de la chica en su coche!

—¿Parador? ¿Qué parador? —Gruñó el tipo más fuerte de los dos.

—Eh, oye. ¿Has escuchado eso? —saltó el otro, atónito—. Ha dicho no sé qué de un cadáver…, el cadáver de una chica…

Rápido, James Andrews se había aproximado a su «De Soto» y miró dentro. Vio el compartimiento delantero, y también el posterior. No había nada sospechoso. Y, desde luego, ningún cadáver perdido allí.

Se volvió lentamente. Ellos parecían ofendidos, pero no furiosos ni temerosos de nada.

—Oiga, ¿pero eso va en serio? —estalló uno de ellos, el alto—. ¿O es que esa señorita ha bebido más de la cuenta?

—No huele a alcohol, ciertamente. Ni me parece embriagada. Por eso la he creído.

—Le repito que jamás hemos visto a esa joven. Ni nos hemos detenido en parador alguno. En cuanto al cadáver, es un auténtico disparate. Viajamos solos, desde Buffalo.

Andrews revisó de nuevo el interior del coche, ahora con más

detenimiento. No había manchas de sangre en el asiento ni en el respaldo. Tampoco atrás. Y el tapizado hubiera debido mostrarla, si la supuesta víctima tenía roto, el cráneo. Tampoco lo habían limpiado recientemente. Le bastó pasar los dedos, que retiró sucios de polvo.

Con un suspiro, se volvió hacia la joven, a quien los des hombres contemplaban con extrañeza y desconcierto auténticos.

—Mire, señorita. Aquí no hay rastro alguno de lo que dice —habló con paciencia—. Ni siquiera se ha manchado nunca de sangre el asiento de este coche. ¿Está segura de que no confundió coche por otro?

—No, no. Lo sé. Era éste. Y esos hombres eran ellos…

—Usted dijo que el coche era éste, mucho antes de podedlo identificar…

—Sabía que tenía que serlo. Me lo decía el corazón.

—Ya… —James Andrews empezaba a arrepentirse de haberse mezclado en aquel enredo. Sus suspicacias hacia la viajera solitaria aumentaban por momentos llevar consigo el cuerpo de una mujer asesinada. ¿De modo que acusa formalmente a estos hombres de pretender matarla a usted, para que no hablase?

—Exactamente —afirmó Vera— con energía. —Tengo que acusarles. Si no lo hiciera, igualmente me buscarían después, para silenciar mi boca.

—Es muy grave acusar a uno de algo así, señorita —se lamentó uno de los viajeros—. Admita que está equivocada, que vio mal, o que eran otros los que…

—¡No! Eran ustedes. Lo sé. Venían tras de mí, para matarme… —señaló al «De Soto»—. Mire su coche. Tiene abolladura en el radiador. ¡Fue cuando se golpearon contra el árbol!

—Nos hemos golpeado, ciertamente, pero no creo que usted pudiera verlo —sonrió uno de ellos—. Eso ocurrió en Arkenville a bastantes millas de aquí…

—¡Es falso! ¡Yo les vi chocar, cuando pretendían alcanzarme! ¡No les crea, no les crea! —En su paroxismo, fue hasta Andrews, le aferró por las solapas. Luego martilleó con sus puños en el torso del joven—. ¡No soy ninguna loca, digo la pura verdad, señor!

—¿Loca? —refunfuñó el más bajo de los dos hombres—. Pues, es lo que parece. Habla como si sufriera de manía persecutoria,

señorita…

—Esperen —cortó Andrews—. Vamos a hacer una cosa, para evitar más discusiones. Ya que la acusación de esta joven parece seria, me permitirán que, antes de resolvernos a llamar a la policía, vaya con ustedes y con ella hasta ese parador. Sí, a pesar de estar cerrado, ustedes entraron en él, como dice ella, será indudable que lo habrán hecho fracturando la entrada.

—¡Eh, eso es muy relativo! —replicó uno de ellos—. Pudo hacerlo otro y…

—También sé eso, señores. El hecho no revestirá importancia especial contra ustedes en particular… sino que vendrá a demostrar que lo que ella, asegura haber visto, es cierto. Y que hay, en alguna parte, dos hombres con un cadáver. En otro caso, habrá motivos para dudar de su historia, señorita…

—Fraser. Vera Fraser, señor.

—Muy bien. En marcha, pues, señorita Fraser. Tomaremos mi coche, si a estos caballeros no les importa dejar aparcado el suyo aquí. Volveremos enseguida, de cualquier modo. Si son realmente inocentes de esa acusación, deben probarlo, molestándose en acompañarnos.

—¿Qué te parece eso? —preguntó el uno al otro, con aire vacilante.

—Es una tontería y una molestia estúpida, pero vamos allá —aceptó su compañero—. No me gustaría que nadie me acusara de trasladar muertos en el coche.

—Ni a mí. En marcha, señor…

—Andrews —respiró hondo—. Jim Andrews.

—Oh, se llama igual que el tipo ese de la televisión, ¿eh? —rió uno.

—Soy «el tipo ese» —rió a su vez Andrews, haciendo parpadear al hombre—. Vamos.

Vera, con temor, se unió a ellos. Condujeron los dos hombres. Detrás, Vera y el joven presentador de TV, permanecían alertas a la carretera y a los manejos de los dos automovilistas. Todo parecía normal, y aquellos hombres no demostraban nerviosismo. Por fin, el parador surgió ante ellos, destacándose en las sombras. Ella avisó:

—¡Ahí es! ¡Paren ahí!

Obedecieron ellos. Vera Andrews y los dos hombres saltaron al

camino y cruzaron el claro, hasta el parador. El joven de la televisión probó la puerta. Se volvió a Vera, e interrogó:

—¿Era ésta la puerta por la que entraron los dos hombres en el parador?

—Sí… Estaba abierta, y ellos salieron corriendo, al gritar yo… cuando cayó el cuerpo de aquella chica…

—Pues lamento decirle que debían poseer un duplicado de las llaves…, porque esta puerta está cerrada, y no hay señal alguna de violencia en ella…

CAPÍTULO IV

ANGUSTIA

—En la carretera no hay señales de que ningún cuerpo haya sido arrojado entre el parador y el lugar donde nos detuvimos. En el «De Soto» no hay cadáver alguno. El parador sigue cerrado herméticamente, y nadie lo ha violentado. No hay rastros de sangre, como debería de haber, si hubiesen llevado un cuerpo con la cabeza rota a golpes. Ni siquiera han lavado el tapizado.

Vera Fraser escuchó las conclusiones del joven. Le miró con ojos dilatados. Luego, dirigió la mirada a los dos pacientes individuos erguidos ante ella. A los dos mismos hombres que, poco antes, corrían en pos de ella, y que ahora parecían inocentes por completo, ajenos a lo que sonaba como un puro disparate.

—¡Pero *son ellos*! —insistió, atemorizada, la muchacha—. ¡Si se marchan y me deja en sus manos, me matarán impunemente! ¡Señor Andrews, por Dios, hágame caso, crea en mí!

Enérgica, enfebrecida por el terror que provocaba en ella la posibilidad de que, ahora aquel hombre reanudase su camino, dejándola sola en la carretera, a merced de los criminales, volvió a aferrar a James. Le zarandeó, sin que él variase de expresión.

—¡Avise a la policía! —gimió—. ¡Tarde o temprano… aparecerá el cuerpo de esa chica! ¡Yo puedo identificarla, yo recuerdo muy bien cuáles son sus facciones, incluso estoy segura de haberla visto antes de ahora, en alguna parte!

—¿Oyes eso, Sam? —gimió el más bajo de los dos hombres—. ¡Ahora resulta que llevábamos el cadáver de una amiga suya!

Andrews iba a hablar. Entonces, llevada de la propia violencia

de sus gestos, Vera dejó caer su monedero, que rodó por tierra. Iba a recuperarlo pero el joven se adelantó, recogiendo del suelo el monedero, y los objetos que contenía que se habían desperdigado por el hielo, al abrirse.

—Vamos, debe serenarse —dijo James—. Así no conseguirá nada…

Se detuvo. Entre las cosas que recogía, un objeto había saltado súbitamente ante sus ojos. Era una cartulina, una especie de tarjeta sellada y firmada, con un membrete muy visible: MEDICAL NEUROLOGICAL CENTER.

Debajo, dos subtítulos muy significativos: «PABELLON DE SIQUIATRIA». «ALTA DEFINITIVA».

La tarjeta estaba extendida a nombre de Vera Fraser, camarera de bar-restaurante.

—¡Deme eso! —pidió Vera, excitada, arrancándole de las manos la cartulina. Luego, le miró fijamente—. ¡No estoy loca! ¡No lo estuve nunca! ¡No me mire así!

—Yo no he dicho nada, señorita Fraser. Me limitaba a contemplarla.

—¡Pero sus ojos lo dicen claramente! ¡Ha visto el alta del hospital neurológico! ¡No es lo que usted cree! ¡Sufrí una pequeña depresión, nada importante! ¡Nunca estuve loca ni vi cosas que no eran, ni imaginé rarezas! ¡Esto es cierto, todo es cierto, y esos hombres son dos peligrosos criminales!

—La creo. —Andrews suspiró, volviéndose lentamente hacia los dos hombres. Guiñó un ojo a éstos, sin que ella lo advirtiese, y añadió—: De cualquier modo, yo no tengo autoridad para retenerles, señores. Denme sus nombres y direcciones, y avisaré a la policía a mi llegada a Jersey. Ellos investigarán la posible realidad de la acusación. Aquí tienen mi tarjeta ustedes. Ahora bien, si prefieren que vayamos en este momento a la policía, yo…

—No, no es necesario —se apresuró a decir el llamado Sam, con aire grave, guiñando también un ojo si joven—. Le daremos los datos que pida, señor. No tenemos nada que ocultar. Mañana responderemos gustosamente a las preguntas de la policía.

—Gracias —dijo Jim Andrews, devolviéndoles sus carnets de conducción, tras fingir anotar sus nombres en una agenda—. Buenas noches, señores. Y perdonen.

—Está perdonado —el más bajo sonrió, siguiendo a su compañero, camino del coche—. Y también la señorita. Ella, después de todo, obraba de buena fe. Pero se ha debido de confundir de tipos.

Entraron en el «De Soto». El motor roncó. Vera, rápida, aferró a Jim:

—¿Es que esto va en serio? —gimió—. ¿Va a dejarles marchar impunemente?

—Mire, señorita Fraser —bruscamente, se volvió Andrews hacia ella. Descubrió una nueva expresión en el joven, colérica, dura e irritable —.— Ya *estoy* harto de tolerar sus chifladuras. Todas las mujeres están locas, tengan ficha neurología o no. ¡Pero usted rebasa todo cálculo, y casi ha provocado un conflicto que me hubiese enviado a mí a la cárcel y a usted al manicomio, por empeñarse en acusar de asesinato a los primeros infelices que pasaran por la carretera!

—Pero…, pero si es cierto… ¡Todo es cierto! —sollozó Vera—. ¡Ha de creerme!

—Creerla. Es lo que hice durante demasiado tiempo. Hace poco, he roto mi compromiso matrimonial con una mujer, por mentirosa, histérica y necia. Ahora, estúpido de mí, creo en la palabra de la primera desconocida a quien me encuentro… ¡y resulta que estoy contemporizando con una demente que padece manía persecutoria!

—¡Nooo! ¡Demente no! —chilló Vera, retorciendo sus manos angustiosamente—. ¡Yo no soy una desequilibrada, señor Andrews! ¡Debe creerme! ¡Debe creerme!

Temblaba casi epilépticamente. Asustado, Andrews trató de controlarla, de impedir que siguiera adelante con aquella excitación. Pero Vera, de súbito, se tornó intensamente pálida, pareció falta de aire, y se hubiera derrumbado en el duro hielo de la carretera si él no la hubiera tomado a tiempo en sus fuertes brazos, impidiéndolo.

—Maldita sea —jadeó, contemplando a la inerte joven—. ¿Y qué diablos hago yo ahora con ella? Me está bien empleado, por creer en las mujeres todavía… Esto me enseñará a no confiar. ¡En ninguna, absolutamente en ninguna, por bonitas y por normales que parezcan! Están locas… ¡Todas están locas!

Llevó a la muchacha a su automóvil, la depositó en el asiento

posterior, y arrancó luego a considerable velocidad, en dirección a Jersey de nuevo.

* * *

—Ocurre a veces, señor Andrews —habló suavemente el médico —. Una muchacha dada de alta, tras una profunda depresión nerviosa, que la situó al borde mismo de la locura. Y, después, cuando parece totalmente curada, vuelve a las andadas y se desmorona su aparente salud. A veces, por causa de un *shock*. Otras, por un simple fallo nervioso que los médicos habían confiado no se produciría.

—¿Ése es el caso de Vera Fraser? —se interesó el joven.

—Aparentemente, sí. El hecho de que creyera ver a una mujer asesinada, dentro de un coche, denota claramente la influencia de su anterior depresión, la deformación que en su mente han sufrido ciertos conceptos anteriores.

—¿A qué se refiere?

—Verá, señor Andrews. Vera Fraser trabaja en un parador de carretera, cerca de Jersey. Despacha allí, en el mostrador. Tuvo relaciones con un muchacho, un joven y guapo muchacho, propietario de una empresa de transportes, que trabajaba también como conductor de sus camiones. Se prometieron. Iban a casarse.

—¿Y qué sucedió?

—El muchacho sufrió un accidente con su camión. Se incendió el coche, y murió en la cabina. Pero no viajaba solo. Una muchacha, una joven rubia y bonita, iba con él. Una amiguita de turno, de la que Vera, naturalmente, nada podía saber, ni siquiera imaginar Tenía otras el tal joven. Era el clásico hombre de dinero, bien parecido y audaz, a quien las mujeres acosaban con frecuencia.

—Oh, entiendo… —Andrews bajó la cabeza—. Una muchacha rubia y bonita… ¿Murió también?

—Sí. Con la cabeza destrozada de un golpe.

—Eso todavía aclara más las cosas. El mismo relato: la mujer…, la cabeza herida…, el coche… Los hechos varían. Pero pueden ser como usted dice, una deformación mental de lo ocurrido entonces. La depresión nerviosa debió de ser más intensa a causa del *shock* sentimental que le supuso saber la existencia de otro amor en la

vida de su prometido, que por la muerte de éste en sí. Y ahora, ve siempre a esa mujer en todas partes.

—Sí. Es como una obsesión atroz, una horrible sicosis que no puede vencer y que domina por completo su cerebro. Hizo usted bien en no dar cuenta a la policía ni arrestar a aquellos hombres por su cuenta, señor Andrews. Hubiera sido un ridículo espantoso… y una responsabilidad ante los jueces. De esta forma…, todo acaba aquí.

Jim Andrews asintió lentamente. Luego, miró hacia la puerta blanca que, poco antes, se había cerrado tras de Vera Fraser. Preguntó, con voz grave:

—¿Será preciso internarla de nuevo?

—Todo depende de su naturaleza, y de la forma en que vuelve en sí de su desmayo. Si admite que lo que creyó ver solo existió en su imaginación, podríamos darle el alta. Aunque siempre será un riesgo que vuelva a la vida. En otra ocasión, la mentira puede provocar males más serios que en esta ocasión.

—Doctor, ¿es cierto lo que me han comunicado? ¿Está la señorita Fraser aquí?

Andrews se volvió. También lo hizo el médico que hablaba con él. Un hombre fornido, de mediana edad, cabello gris acero y ojos oscuros e inteligentes en su ancha faz, de fuertes mandíbulas, había hecho su aparición en la entrada del establecimiento sanitario. Llevaba un abrigo color canela, muy claro y de corte moderno, sombrero de fieltro gris en las manos, y guantes de gamuza, también claros.

—Oh, buenas noches, señor Green —saludó el médico—. Es bien cierto. Por eso le telefoneé. A requerimiento del doctor Mac Adams, con quien me puse en contacto al comprobar por su ficha de alta clínica que fue paciente suya, le visaré a usted. La señorita Fraser sufre un *shock* muy intenso, con fuerte alteración síquica. No sé cómo resultará, pero desde luego es bastante seria la situación, más bien por las circunstancias en que se ha producido, que por la dolencia en sí. Le presento al señor James Andrews, que ha traído consigo a la joven. Señor Andrews, éste es el señor Fergus Green, el dueño de la cadena de paradores que, asociados a la «Cadena Acme», se ha ocupado en todo momento de la señorita Fraser.

—Es un placer conocerle, señor Andrews —dijo Green,

estrechando con fuerza su mano—. Aunque ya le conocía a través de la pantalla de televisión.

—Lo creo. Encantado igualmente, señor Green. Lamento lo de su empleada, pero…

—Es extraño que esto haya ocurrido ahora —suspiró el hotelero —. Parecía totalmente curada cuando la dieron el alta y…

—Eso nunca puede saberse, señor Green. La mente humana es la parte más difícil de saber si está sana o no. Incluso para nosotros… —sonrió el médico—. El señor Andrews puede referirle cuanto sucedió. Así se hará usted cargo.

Fergus Green asintió. James Andrews se lo contó. El dueño de los paradores le escuchó, maneando enérgicamente su cabeza de vez en cuando. Su expresión reveló sorpresa cuando llegó al difícil encuentro con los dos supuestos culpables. Y al terminar Andrews, Green se dejó caer en una silla de barra cromada, con aire de estupor.

—Cielos, es inverosímil todo —manifestó.

—Es, justamente, lo que yo creí —aprobó Jim.

—No, no hablo en el mismo sentido que usted. —Green alzó su maciza cabeza—. Me refiero a lo ocurrido. Es inverosímil que Vera Fraser haya mentido en eso.

—El enfermo mental, ignora que miente, al decir su mentira. La cree él mismo —objetó el médico—. Por eso la declara con tal sinceridad, Son esa convicción…

—Tampoco decía exactamente eso, doctor —rezongó Green, algo adusto—. Estaba seguro de que Vera Fraser, salió totalmente curada. Hablé con ella en el parador, ayer mismo. Llevaba unos días de vida normal. Y jamás me pareció tan normal como ahora. No rechazaba la desagradable verdad de su anterior noviazgo. Admitía que Bart la engañó, que otra mujer iba con él en aquel camión, al estrellarse en la ruta. Y cuando una persona admite eso, no caben complejos, subsconscientes ni demás zarandajas. Todo eso son cosas, del cine de hace varios años, no de la vida real, de la actualidad.

—¿Quiere decir que usted cree en la posibilidad de que eso fuera real?

—¿Por qué no? Dos asesinos, un cadáver… No es tan descabellado.

—Pero lo sería que ese cadáver se paseara sentado junto al volante, donde cualquiera podía verlo. Y que, sin embargo, sólo vio Vera Fraser. También es descabellado que un cadáver desaparezca, en un trecho de una milla y poco más, en menos de diez minutos de tiempo. Y que un lugar descerrajado, como lo debió de ser el parador, según versión de la señorita Fraser, estuviera poco después perfectamente cerrado.

—Es el único punto raro. El parador, como todos nuestros establecimientos, tiene una cerradura especial, que ninguna llave maestra o ganzúa puede abrir. Es algo que la «Acme» mira con especial cuidado, para evitar robos y cosas parecidas.

—Celebro que lo admita —asintió Jim Yo lo observé enseguida. Todo es raro, señor Green, debe, de aceptarlo como es. La señorita Fraser, pese a todas sus simpatías y atenciones para ella, *no pudo* ver lo que dice.

—Tal vez. Sin embargo, mi dinero está a disposición de ella. Cualquier empleado mío que lo precise, tiene toda mi ayuda. Pero Vera Fraser, como empleada modelo de la casa, con mayor motivo. Es necesario que la recuperemos lo antes posible. Los muchachos de la carretera, en el parador, la echan mucho de menos. Ella es de las personas que, al situarse tras el mostrador, aumenta el índice de ventas en un trescientos por ciento, como mínimo. De modo que mi interés no es totalmente romántico.

—Ya veo. Casi había llegado a pensar que Vera Fraser era para usted algo más que una empleada —sonrió Jim Andrews—. Y no se ofenda, señor Green.

—Claro que no. —Fergus Green agitó una de sus manazas—. Soy casado, y tengo hijos, señor Andrews. No soy de la clase de tipos que se enredan con chicas por ahí. Y menos aún cuando tienen muchos años menos que yo.

—Un hombre consciente y sensato —aprobó Andrews—. Lo celebro, señor Green. Ahora, debo dejarles. Ya he tenido demasiada participación en este penoso asunto. Y hoy, a mediodía, tendré que aparecer ante las cámaras. Si no duermo unas horas, me temo que mi sonriente anuncio de los colchones «Swan», no convencerá a nadie del *slogan* de que «con “Swan”, se duerme mejor».

Rieron el médico y el dueño de los paradores la ocurrencia de Jim Andrews, el famoso presentador de T. V.. El joven les estrechó

la mano, deseando una rápida mejoría para la joven Vera Fraser, y salió de la clínica.

Cuando pisó la acera de Jersey, en la solitaria y desierta Road Avenue, donde dejara a la joven, para mayor urgencia en las atenciones médicas, un reloj de esfera iluminada, en lo alto de un edificio destinado a oficinas, marcaba ya las tres y cuarto de la madrugada. Demasiado tarde para un hombre que, a mediodía había de aparecer en la emisión matinal de la
ABC-TV,
Canal II.

Subió a su «Cadillac» y lo puso en marcha. El vehículo se alejó por las calles de Jersey, de regreso al centro de Nueva York.

Para Jim Andrews, allí terminaba la aventura de la carretera, y su encuentro singular con aquella extraña muchacha, llamada Vera Fraser.

O, por lo menos, eso pensaba él.

CAPÍTULO V

¡PELIGRO!

Se miraron los dos hombres. Uno de ellos, el alto y delgado, de la cicatriz en el rostro, fumaba lentamente un cigarrillo. El más bajo, se limitaba a tabalear con sus cortos y anchos dedos sobre el volante del coche.

—Ese tipo se ha ido ya, Greg.

Era el hombre alto quien había hablado. El más bajo respondió:

—Ya veo, Sam. Pero no podemos entrar ahí a liquidar a la chica. Están los médicos, las enfermeras, ese tipo que ha entrado hace un momento…

—¿Quién ha dicho que vayamos a hacer tal cosa? —rió el llamado Sam—. Sería una estupidez mayúscula, Greg. Ese Andrews, el tipo de la televisión, recordaría enseguida lo de esta noche. No podemos matar a la chica.

—Pero, si no la internan por loca, ¡estamos en peligro! ¡Alguien puede creerla!… ¡O ella puede descubrir algo!

—Yo no he dicho que no la podamos eliminar. Sólo que no debe parecerlo. Fingir un accidente… es relativamente fácil. El error que cometimos al matar a Judy, no debe repetirse. Nada de sangre, de golpes ni dispares, ni cosas así. Es preferible utilizar la astucia, Greg, o no saldremos de ésta. Ella sabe demasiado, estamos de acuerdo. De modo que ha de morir. Pero en una forma aparentemente natural.

—¿Y eso, cuándo será? —se impacientó Greg.

—No pierdas la calma, amigo. Si queremos salir de este embrollo en que nos ha metido esta estúpida, hemos de utilizar el

cerebro, y procurar, ante todo, que ni los médicos ni ese presentador sospechen nada, absolutamente…

Greg asintió lentamente. Puso el coche en marcha, y empezaron a alejarse de la calle, en dirección al centro. Sam añadió, con la mirada fija aún en las ventanas iluminadas del centro sanitario donde había sido internada la joven:

—De momento, no saldrá de aquí. Mañana nos turnaremos en la vigilancia. Y cuando sepamos lo que ocurre con ella, obraremos en consecuencia.

—Sí, Sam. En cuanto a Judy, ¿crees que la encontrarán pronto?

—No lo sé. Pero él día que la encuentren, lo que importará es qué no la relacionen en absoluto con lo de esta noche, en la carretera de Búfalo.

—Sí, eso es lo que importa… Y espero que todo resulte bien.

—Resultará, no lo dudes. Por ahora, lo que importa es esa muchacha, la que aún vive… y que sabe demasiado. Demasiado para seguir con vida.

* * *

—Mi querida Vera, no sabes lo que me alegra que hayas sido enviada nuevamente a casa. Y que el señor Green te haya concedido una semana de descanso…

—Gracias, Marion. Espero que antes de esa semana, pueda volver al parador. Después de todo, no estoy tan mal. En realidad, yo me encuentro bien.

Marion Dobbs asintió. La llamativa pelirroja de bellas piernas y belicoso busto, que al igual que ella actuaba para la cadena «Acme», en servicio de camarera había acudido a verla a su casa, tras el regreso de la clínica donde permaneciera dos días, sometida a examen médico. Gracias a Fergus Green, logró ser devuelta a su vivienda, y no al Hospital de Siquiatría.

—Dicen que aseguraste haber visto algo que no existía. ¿Es cierto eso, Vera? ¿O realmente lo viste?

—Lo vi, si —se estremeció Vera. Su pálido rostro se contrajo. Pero en el acto, rectificó con suavidad—: Es decir…, creí verlo.

—¿Creíste? ¿Luego, no era cierto?

—No, no, no podía serlo —recordaba, entretanto, el consejo de

Green, cuando aún estaba en la clínica: «La creen loca. Niegue, y de momento evitará el encierro. Finja que se cree convencida de su error». Y era lo que le había abierto las puertas del centro sanitario —. Mi imaginación me jugó una mala pasada, Marion. ¡Espero que no vuelva a suceder…!

—Yo también lo espero. Y lo deseo, Vera —suspiró la pelirroja, añadiendo voluble—:

—Creo que tu aventura tuvo algo maravillosa, de todos modos.
—¿Maravilloso? ¿Qué puede haber de maravilloso en ella?

—Ese hombre… —señaló el televisor que reposaba sobre un mueble, ante ella—. Nada menos que Jim Andrews…

—¡Oh, *ese* hombre! —Y el tono de ella difería mucho del utilizado por la pelirroja de agresiva figura—. Es odioso… ¡Odioso!

—Pero ¿por qué, querida? Cualquier mujer daría media vida con tal de verse junto a él, como tú te viste… Es tan varonil, tan arrogante y tan guapo…

—Tal vez lo sea, no lo sé. Ni siquiera me fijé en eso. Pero es uno de esos tipos engreídos y necios, que se creen capaces de juzgar a todo el mundo. Se burló de mí: no me creyó…

—¿Y bien? ¿Cómo iba a creerte, si era falso lo que creíste tú ver? —sonrió Marion.

Vera hubiese abofeteado a su estúpida compañera. Pero ella, después de todo, hablaba con la mejor buena fe del mundo. Sonriendo a la fuerza, asintió despacio y manifestó:

—Sí, tienes razón. Al fin y al cabo sienes toda la razón…

Marion consultó su reloj y lanzó un silbido de sorpresa.

—¡Cielos, se ha hecho muy tarde! Te dejo ya, querida. Pero volveré. Cuídate mucho. Y si puedes, escucha esta noche a Jim. Andrews, en el programa «Usted tiene su oportunidad, señora». Es magnífico. Ya me dirás si tengo razón o no.

Vera sonreía aún, cuando la frívola figura de la sinuosa Marion haciendo silbar a los hombres por la acera, con su taconeo y los movimientos de sus amplias caderas, se perdía ya hacia la inmediata parada del autobús.

Cuando regresó al gabinete, el timbre del teléfono estaba sonando. Seguramente Fergus Green llamaba para interesarse por ella.

—¿Dígame? Aquí Vera Fraser…

La voz que sonó era de hombre. Pero no correspondía a Fergus Green:

—Señorita Fraser, usted sabe demasiado. Procure no hablar… o morirá; como la chica rubia del automóvil…

Un grito ronco escapó de la garganta de Vera Cayó el auricular de sus manos, y tras un rebote sordo en la mesita, rodó por la alfombra, con el dial tras de sí.

Los dilatados ojos de Vera, reflejando un intenso terror, se fijaron en el auricular, por el que seguían saliendo sonidos ininteligibles. Luego, sonó el «clic» que cortaba la comunicación.

Pero Vera, ni siquiera había llegado a moverse, desde que le cayó el teléfono de entre los dedos…

* * *

Jim Andrews dejó las cuartillas mecanografiadas sobre la mesa en que apareció su nombre en una placa. Miró con la sonrisa de siempre a la cámara uno, y dijo lo de siempre, con el tono de voz de siempre:

—… Y aquí, señoras, señoritas telespectadoras, Jim Andrews y su espacio televisado de todas las noches, les dicen adiós, y les esperan mañana en el mismo canal, si el programa fue de su agrado. A todas…, Jim Andrews les desea: ¡Muy buenas noches!

La sintonía sonó en el control, y la cámara dos enfocó el «cartón» con los títulos finales del espacio.

Jim Andrews aún sonrió un par de segundos más, al apagarse la luz indicadora de la cámara correspondiente asestada sobre él. Luego, fue como si una mano pasara por su rostro, borrando todo aire risueño, y se convirtió en un hombre normal, más bien huraño.

—¡He dicho y repetido mil veces, que no quiero a nadie en los Estudios cuando estoy actuando! —refunfuñó, guardando los papeles en un bolsillo, y saliendo rápidamente del set—. ¿Cómo he de pedírtelo, Ryan?

Fred Ryan, realizador del programa, se llevó las manos a la cabeza.

—Pero, Jim, por favor —gimió—. Yo nunca dejo entrar a nadie. Pero ¿puede rezar eso con tu prometida?

—¡Ya no es mi prometida! —refunfuñó Jim, irritado—. Olvídate

de esa historia, Fred.

—La que tiene que olvidarse soy yo, ¿no eres, Jim? —intervino vivamente Ada Mac Cambridge, saltando como un tigre de su asiento, al otro lado de las cámaras—. ¡Aún llevan los periódicos la noticia de nuestra próxima boda en los ecos de sociedad!

—Los periódicos siempre son los últimos en enterarse de las cosas. ¿Qué culpa tengo yo de que sus redactores sean atrasados mentales y cretinos de cuerpo entero? Yo sé que no voy a casarme contigo. Tú sabes que no voy a casarme contigo. Y el reverencio sabe —que no voy a casarme contigo. ¿Quién diablos hace falta que se entere, entonces?

—La opinión pública, Jim. Y la opinión pública sabe que una Mac Cambridge, hija de Ross Mac Cambridge y nieta de Arnold Mac Cambridge, no puede ser plantada en vísperas de la boda por… por un vulgar presentador de televisión. ¡Sería un escándalo social!

—Será un escándalo social —replicó Jim, sarcástico—. A un vulgar presentador de la televisión, esa posibilidad le tiene perfectamente sin cuidado.

—Pero no a una Mac Cambridge. ¡Tendrás que casarte, Jim…, o te hundiremos! ¡Papá arrumará tu carrera! —chilló la morena y bella Ada Mac Cambridge, centelleando sus ojos verdes, que hacían juego con la verde seda de su traje, un modelo de la Quinta Avenida, cuyo coste estaría muy por encima de los mil dólares. El abrigo, echado sobre sus hombros con descuido, era de visón blanco —. ¡Piénsalo aún, Jim Andrews!

—Yo no tengo nada que pensar, querida —rió el joven—. Me hubiera casado contigo, si no hubieras sido una histérica y una chiflada a quien le gusta beber hasta embriagarse, y a quien le agradan demasiado, los pantalones de toda clase de chicos. Que los Mac Cambridge carguen con esos dudosos honres, me importa un comino. ¡Pero Jim Andrews presentador de televisión, aun conoce la dignidad, pequeña!

El bofetón de Ada Mac Cambridge, delante de todo el Estudio de TV., fue formidable. La mano femenina restalló como un latigazo en la mejilla de Jim. Pero en el acto, la faz del joven se endureció. Y, sin que nadie pudiera preverlo su diestra se alzó.

La réplica fue escalofriante. Un revés que sacudió la cara de Ada de lado a lado, haciéndola retroceder tres pasos a trompicones, con

un ronco grito de dolor y asombro.

—¡Jim! —gritó Fred Ryan—. ¡Has pegado a una mujer!

—¿Crees que no sé dónde pego? —farfulló Jim, con una ruda mueca—. Eso no es una mujer, Fred… Es un apellido social, relleno de *whisky* y «*rock and roll*», y envuelto en seda y pieles. ¡Al diablo con ella y con todos los apestosos Mac Cambridge!

Salió, pegando un portazo mientras Ada, con un ataque histérico, se dejaba caer en un diván, estando a punto de estropear una emisión en realización.

—¡Cielos, echen a esa mujer de aquí! —gimió Ryan—. O yo mismo repetiré lo que ha hecho Jim…

* * *

—Confieso que al principio me escandalice, Jim. Pero luego he llegado a admitir que tienes toda la Tazón. Una mujer así, crispa los nervios de cualquiera. He oído otros comentarios por aquí, acerca de la hija de los Mac Cambridge. Es una niña caprichosa y llena de malas costumbres.

—Y loca perdida —refunfuñó Jim—. Loca, como todas las mujeres, Fred.

—¿Lo dices por la que encontraste la otra noche en la carretera? —rió el realizador de la
ABC-TV,
Canal II.

—Por todas. Pero por Ada y por aquélla, muy en particular.

—En buen lío estuviste a punto de meterte. Si eres un hombre crédulo, a quien impresiona la belleza femenina, estarías ahora en la cárcel, respondiendo de los cargos de calumnia y difamación. ¿No sería una neurótica que sólo buscaba tu autógrafo o salir en los periódicos contigo?

—No lo sé. Es posible, que, después de todo, sólo sea una pobre enferma mental. Lo que le sucedió, parece ser lo bastante serio como para trastornarla definitivamente —agitó una mano, como apartando de sí aquel tema—. Bueno, dejemos eso, ¿quieres?

Echó mano al periódico y comenzó a hojearlo, en busca de la página de espectáculos.

Fred le miró, sonriente y preguntó luego:

—¿Qué buscas, Jim?

—El índice de programas de televisión de esta semana, en nuestro Canal. Creo que Mac Cambridge contrató un nuevo espacio publicitario, ¿no es cierto?

—Sí. Quería que lo presentaras tú, Jim, pero después de esto de ahora…, dudo que siga pensando igual.

—¿Que debe anunciarse ahora? ¿Su repugnante bebida carbónica, sus feos paquetes de cigarrillos o su industria pesquera?

—Nada de eso, Jim. Mac Cambridge tiene otra faceta poco conocida por los demás: tiene la mayor parte de acciones de una importante cadena de hoteles, residencias y paradores de carreteras en el Estado de Nueva York: la *Acme Society*.

—¡Cielos, no! No puede ser todo tan casual…

—¿Casual? ¿En qué, Jim?

—Esa chica… La muchacha que creyó ver a la rubia asesinada… trabajaba para un parador de *Acme*.

—Oh, sí que es casualidad —asintió Ryan—. A lo mejor, todo eso fue un truco de tu querida Ada, para buscar un escándalo en los periódicos.

—No, no lo creo —manifestó Jim, entornando los ojos—. Recuerdo la mirada de aquella muchacha. Sólo se mira así cuando se está loco… o en el paroxismo del terror.

—Ya. Sigues pensando que, a pesar de todo, es casual.

—Sí —asintió Andrews. Había llegado a la página de espectáculos. Enfrente, en la página par, estaba la sección de sucesos del periódico—. Aquí lo tengo. No sé si el programa va el jueves o el viernes por la noche…

—El jueves, a las seis cincuenta —informó Ryan, con un suspiro —. Pudiste evitarte la molestia de consultar el diario. Mac Cambridge la quería el viernes. Pero no podía ser, porque ese día, el programa de Ralph Rodney ocupa todo el tiempo disponible.

—Entiendo. —Jim iba a cerrar el periódico. Y justamente entonces, sus ojos se fijaron en la fotografía publicada en el centro de la página inmediata, la destinada a sucesos—. ¡Eh, mira esto, Ryan!

Le tendió el periódico. El realizador de programas de la
ABC-TV,
contempló lo que le mostraba Jim. Era la bonita cara de una rubia

platino, joven y sugestiva. Vestía un «bikini» reducidísimo, y reía, al parecer muy divertida, con un fondo de palmeras, arena y agua de mar. Seguramente algún paraje de Florida. Tenía una figura esplendorosa, curvilínea y provocativa. La pieza superior del «bikini», era demasiado pequeña para su opulento busto. Y ella lo sabía cuando se hizo la foto.

—¿Qué tiene eso de raro? —Fred silbó—. La chica está bien, pero…

—No me refiero a eso, diablos —refunfuñó Andrews—. ¿Has leído eso? Fred no lo había leído. Lo leyó entonces:

> «¿HA VISTO USTED A ESTA MUJER? SU NOMBRE ES JUDY MORROW. HA DESAPARECIDO DE SU CASA, EN BUFFALO. SI LA VIO, LLAME A LAKE, 87 – 87 – 07, BUFALO, N.
> Y. SU
> FAMILIA RECOMPENSARA AL QUE PUEDA DAR NOTICIAS DE ELLA».

—Bueno. Hay anuncios así cada día —opinó Fred—. Aunque la chica no siempre sea así. Seguramente se habrá largado de casa con algún truhan. Lo raro es que esperase tanto tiempo para llevársela por ahí.

—Eres un cínico, Fred. ¿No te das cuenta? Vera Fraser dice que vio a una rubia en el coche. Y ahora una rubia desaparece. Precisamente en Buffalo. Raro, ¿no?

—Muy raro. Cada día, un promedio de doscientas rubias impresionantes desaparecen de sus domicilios en todo el país. ¿Por eso sólo vas a dar crédito a esa chiflada de la carretera?

—Claro que no… —Miró de nuevo la fotografía—. Pero resulta raro. Y casual…

—Si empiezas a ver casualidades en todo, terminarás tan loco como aquella chica —comentó Fred, saliendo del camerino de Jim Andrews, con un saludo jovial de su mano.

Jim una vez solo contempló de nuevo la fotografía. Luego, encogióse de hombros, dobló el periódico, y lo tiró a un lado. Como decía Fred, todo era pura casualidad. Y nada más.

* * *

Vera Fraser cerró el televisor. Luego, nerviosamente, fue a la mesa, tomó un cigarrillo de la caja de música, regalo de Art Murray. Y Art estaba muerto ahora. Muerto, en compañía de una rubia bonita y desaprensiva.

Apartó de sí la idea. Encendió el cigarrillo. La depresión quedaba atrás. Pero en cambio, el recuerdo de otra muchacha rubia, con la nuca rota a golpes, sentada apaciblemente en un «De Soto» negro, resultaba vivido y escalofriante todavía.

Fumó con nerviosismo. Contempló la pantalla apagada del televisor. Había visto a Jim Andrews, con su sonrisa estereotipada, cara al público televidente. Acaso tuviera razón Marion. Era un muchacho guapo. Pero no podía esperar nada de él. Ni de nadie…

Contempló el teléfono, estremeciéndose. Había llegado a preguntarse, desde que volvió a casa, si realmente vio aquello, o su cerebro estaba de verdad enfermo. Ahora, la inquietante llamada, había confirmado su seguridad de que todo fue cierto, real. Había un crimen; y dos hombres paseando con un cadáver, que ahora nadie sabía dónde podía hallarse.

Ella sabía demasiado, demasiado, para la seguridad de alguien. Y ese alguien vigilaba, acechaba… presto a matar de un modo o de otro.

Tal vez si permanecía callada, podría aún salvar su vida. Era preciso intentarlo. Ahora sabía que era inútil correr riesgos. Nadie creería en la palabra de una mujer que había estado en un pabellón de siquiatría. Para todos, era una loca, una mujer que *imaginaba* cosas.

No tenía otro amigo que Fergus Green. Pero no podía irle con historias a su patrón. Ni él era de la clase de hombres que podía ponerse a su lado y luchar contra todos en su defensa. Alguien lo hubiera encontrado mal, siendo ella su empleada, y él un hombre de posición, casado y con hijos…

Si aquel tozudo de Jim Andrews hubiera sido de otra manera… Si hubiese creído en ella. Pero ¿por qué tenía que hacerlo? Ella era una perfecta desconocida para él. Eso lo justificaba todo.

Estaba sola. Decididamente sola… Respiró con fuerza, desalentada. Se dejó caer en una butaca, aspirando con lentitud el

humo del cigarrillo.

El timbrado en la puerta, la sobresaltó vivamente. Se irguió de un salto. Escuchó, con el corazón palpitando furiosamente. La llamada se repitió. Era absurdo asustarse. Si todo la iba a atemorizar, estaba perdida. Entonces sí acabaría loca de verdad.

Avanzó hacia la entrada cuando repicaba por tercera vez el timbre. Esperó un momento. Luego, sin abrir, preguntó:

—¿Quién llama?

—Agencia de repartos a domicilio, «Star», señora —respondió una voz juvenil—. ¿La señorita Fraser vive aquí?

Vera vaciló. Dirigió una mirada al exterior, por el reducido orificio de la mirilla. Sus temores le parecieron ridículos. Era un muchacho, un repartidor uniformado, con la marca de la citada agencia en su guerrera de dorados botones. Llevaba consigo un envoltorio, en papel brillante, con cintas de color anudándolo.

Abrió la puerta. El muchacho le entregó el paquete cuando dio su nombre ella. Vera le dio una propina. Y el muchacho, alejándose, indicó:

—No tengo que esperar respuesta, señorita Fraser. Adiós.

Se alejó. Vera entró en su apartamiento de nuevo. Cerró la puerta, y llevó el paquete al *living*. Allí, soltó las cintas nerviosamente. Un sobre pequeño cayó del envoltorio, al soltar la cinta y abrir el papel brillante. Se inclinó a recogerlo.

Su nombre figuraba escrito en él. Extrajo una tarjeta con un nombre impreso: JAMES ANDREWS.

A

BC-TV.

Y escrito a pluma, un breve texto:

> «Perdone por mi incredulidad, A pesar de todo, somos amigos. Su affmo: *Jim*».

Vera sonrió pensativa. Se imaginó lo que hubiera pensado Marion de una cosa así. Ser amiga de un famoso de la TV., tenía su importancia. Pero Vera no era de esa clase de chicas, y casi le irritó el presente de Andrews. Contempló la bella caja de bombones, con la marca de una famosa confitería de Broadway.

Abrió la tapa. Los bombones, de chocolate en su mayoría, eran realmente tentadores, aun para una mujer que no fuese golosa, como ella.

Extendió la mano, y tomó uno, llevándoselo a los labios. De súbito, se detuvo. Una sonrisa maliciosa iluminó su faz. Extendió la mano, tomando la guía de teléfonos. Buscó un número. Cuando lo obtuvo, marcó. Y espero.

—Emisora ABC. ¿Qué desea? —respondió una voz femenina, atiplada e impersonal.

—Deseo hablar con el Estudio de Televisión, señorita, con el señor Jim Andrews.

—Lo siento, señorita. No se admiten llamadas para el personal, durante las horas de…

—Soy amiga del señor Andrews, muy amiga. Necesito hablar con él ahora mismo.

Su aire enérgico impresionó a la telefonista. Su voz varió de tono:

—Espere; la pondré con él, en ese caso. ¿Quién llama, por favor?

—Vera Fraser. Pero no hace falta que de mi nombre. Dígale tan sólo que llama «la dama de los bombones».

—No se retire —una pausa, rumor de conexión al otro lado del hilo. Y, finalmente, mientras ella empegaba a saborear un bombón, la voz dura, grave, de Jim Andrews. Más parecida a la escuchada por el receptor de televisión, que a la suya real—. ¿Qué hay? ¿Quién diablos llama?

—Soy yo, señor Andrews. ¿No me conoce todavía?

—Su voz no me resulta desconocida. ¿Pero qué significa eso de «la dama de los bombones»?

—Oh, por Dios. No me venga con disimulos. Acaba de llegar su obsequio, con su tarjeta de disculpas. No hacía falta tanto. Después de todo, hizo bien en no creerme. Cualquiera hubiese hecho igual.

—Pero entonces… ¿usted es Vera Fraser?

—Claro —rió ella—. ¿Quién, si no? Ya le dije que sus bombones están en mi casa. Y su amable tarjeta, también. Le doy las gracias por su gentileza. Y de veras, no le guardo rencor, señor Andrews.

—¡Espere un momento! ¿Es que es usted la que pretende volverme loco a mí? ¡Yo no le he enviado obsequio alguno! Ni tarjeta, ni bombones, ni nada de eso… ¿Se ha inventado otra cosa

nueva?

—¿Inventado? —Vera, sorprendida, contempló el bombón a medio comer, que sostenía entre sus dedos.

—Estoy mirando ahora mismo el bombón. He tomado la mitad… Usted sabe muy bien que me lo ha enviado. De otro modo, ¿cómo iba a tenerlos ahora aquí? Su tarjeta está sobre la mesa, delante mismo de mis ojos. No me invento nada.

—Mire, señorita Fraser. No quiero parecerle grosero, pero sus fantasías llegan ya a un extremo intolerable. Ni yo le he mandado bombones, ni sé dónde vive ni se me ocurrió tal cosa. Buenas noches.

Colgó secamente. Vera, se quedó perpleja, con el auricular en la mano. Clavó los ojos en el bombón que sujetaban sus dedos. Y con viveza, lo arrojó a tierra. Una expresión de vivo horror invadió sus facciones.

Bombones de chocolate… Una tarjeta de Jim Andrews… ¡El había dado una tarjeta suya a los hombres del «De Soto», aquella noche en la carretera! El texto, pudo escribirlo cualquiera, Y los bombones… ¡los bombones *podían contener veneno*!

CAPÍTULO VI

NADIE CREYO EN ELLA

VENENO…

Retrocedió unos pasos. Trémula, estremecida. Aquel leve regusto amargo, que el chocolate había dejado al final… Corrió al cuarto de aseo, buscó en su pequeño botiquín. Había un vomitivo, para casos de emergencia. Lo tomó sin perder un solo instante, logró expulsar el chocolate ingerido. Quizá también el posible veneno; no lo sabía…

Luego, muy pálida y temblorosa, regresó al *living*. Se sentía mejor, aunque no mucho. Tal vez los calambres de su estómago fueran simple aprensión. Pero los sentía.

Regresó junto al teléfono. Esta vez tenía la prueba. La prueba evidente de que alguien atentaba contra ella, fingiendo enviar un obsequio en nombre de Jim Andrews. La policía y el propio Andrews, tendrían que creer en ella. Nadie es envenenado, solamente por capricho.

Descolgó el receptor. Llamó al número de urgencia de la policía. Su mensaje, sin dar nombre alguno, fue breve y tajante, con voz angustiada:

—Por favor, vengan enseguida. Han intentado envenenarme. Tal vez intenten otra vez algo peor. ¡Es muy urgente! Aquí, Calle Cincuenta y Uno Oeste, apartamientos Hansworth, apartamiento número ochocientos cincuenta y siete, letra D.

Colgó, sin esperar preguntas. Luego, inquieta, se puso en pie. Avanzó hacia la ventana posterior, que asomaba a un callejón, con su entretejido metálico de escaleras de incendios encaramándose

por los muros de ladrillos.

Estaría más tranquila con aquella ventana cerrada. Y no abriría a nadie, hasta no percibir la sirena policíaca.

Se inclinó, para cerrar el postigo de guillotina. Fuera, ya era noche cerrada, y tras los muros salpicados de rectángulos iluminados, más allá de la calleja donde se oían voces discordiantes y rumor de música de alguna radio abierta, el ruido lejano del tráfico de la ciudad, el resplandor de luces de mil colores, parecían subir al cielo oscuro y nuboso, reatando por los muros de los rascacielos.

Vera no supo exactamente lo que sucedía. Pero, de súbito, una sombra oscura y sólida emergió ante ella. Una mano pesada, enguantada, tapó su boca, impidiéndole gritar. Y otro brazo musculoso se cerró en torno a su cuello, empujándola con energía hacia el interior de la estancia.

Aquel hombre era Greg, el más bajo y fornido de los dos asesinos de la carretera de Buffalo a Nueva York…

* * *

—Has cometido un error al avisar a la policía, pequeña —dijo roncamente el hombre—. Ya te dijimos que sabías demasiado, pero lo peor es quererlo revelar a los demás… Ahora subirá mi amigo Sam. Entre los dos resolveremos lo que hay que hacer contigo, preciosa…

Hablaba fría, serenamente, sin soltarla. Acababa de telefonear a Sam, a un lugar que sin duda estaba frente a la casa, o muy cerca de ella. Porque, cosa de tres minutos después, llamaron a la puerta. Greg, arrastrándola consigo, siempre con la boca tapada por su manaza, fue a abrir.

En cuanto entró Sam, con su rostro hermético surcado por la lívida cicatriz, y su expresión helada en los ojos de halcón, Greg se cuidó rápidamente de sujetar con mayor, energía a la joven.

—¿Qué ocurre, Greg? —indagó Sam, furioso—. ¿No han resultado los bombones?

—No. Esta estúpida ha sospechado algo, o tal vez llamó a Andrews, para saber si eran suyos. La oí gorgotear en el cuarto de baño. Luego, la escuchó llamando a la policía. Ha dicho que vengan

aquí. No pueden tardar, Sam…

—¡La policía! —Sam apretó los labios y estudió furiosamente a la muchacha—. Maldita idiota… Esta muchacha nos estorba, Greg. Ya no basta con hacerla pasar por loca. ¡Es preciso MATARLA! Y… *ahora mismo.*

—Pienso igual. Luego haremos desaparecer los bombones, para que crean que hizo una llamada falsa, con otra de sus mentiras… y que por fin se mató, llevada de su manía persecutoria. Será una versión plausible, Sam.

—Por supuesto, Greg. Actúa rápido. Ya sabes lo que has de hacer.

—Claro. La ventana, ¿no?

Asintió con siniestra frialdad el más alto. Vera comprendió su horrible suerte. Ya tiraban de ella, con violencia, hacia la ventana abierta. Luchó desesperadamente, intentando zafarse de sus manos férreas. Pero nada podía contra los dos hombres. Sam tuvo la precaución de apagar la luz, para que nadie viese lo que ocurría desde uno de los edificios de enfrente. Una muchacha estaba despojándose de su combinación tras una ventana, al fondo de la calleja. Miró hacia allá un momento, pero tal vez por simple curiosidad, y siguió su tarea. Greg y Sam no la miraron. Tenían demasiado trabajo para perder tiempo.

Vera intentó de nuevo desasirse, luchó con todas sus energías, pateando a los dos asesinos. Muy distante, llegó el sonido de una sirena policíaca. Una pequeña luz de esperanza lució en el fondo del corazón y el cerebro de la desesperada muchacha.

Pero la luz se extinguió pronto. Los hombres estaban sobre el alféizar. La pasaron por encima de él.

Y ya en la plataforma de la escalera de incendios, un último esfuerzo de ambos lanzó a la joven por encima de la barandilla metálica.

Un grito horrible, desgarrador rasgó la noche. La jovencita de la casa de enfrente se volvió. Sin preocuparse de estar en paños menores, se asomó a la ventana… Ya Sam y Greg habían desaparecido para entonces, dentro de la oscuridad del gabinete.

Con premura, corrieron a por la caja de bombones, las cintas y lazos, los papeles brillantes, el sobre y la tarjeta… Todo ello se lo llevaron consigo, salieron al corredor, cerrando tras de sí la puerta

del apartamiento.

La sirena policíaca se acercaba, las voces en la calleja, tras la caída mortal de Vera Fraser al vacío, con su grito postrero y alucinante, crecían más y más. Pero los dos hombres desaparecieron, escaleras arriba, hacia la azotea del edificio. De allí, pasarían fácilmente al inmediato; y de aquél, a otro. No les sería difícil escapar de aquella calle, a tiempo de no verse mezclados en el horrible crimen.

* * *

—El caso está claro. Primero, inventó la fantasía de los bombees envenenados. Luego, ver que nadie se impresionaba por ello, su manía persecutoria, su obsesión de que la perseguían para matarla, provocó en ella un ataque histérico, y se arrojó por la ventana…

Jim Andrews asintió con la cabeza. Luego, giró la faz, desviándola del teniente Palette, para clavarla en el panorama de la gran ciudad, desde la ventana amplia del despacho del policía.

—A pesar de todo, teniente, me siento responsable de lo sucedido —declaró con voz ronca—. Tal vez si la hubiera hecho caso si hubiese acudido allá… cuando ella me dio las gracias por mi imaginario regalo…, podría haber impedido ese horrible suceso…

—No está en nuestras manos velar por los locos, si éstos se hallan libres, señor Andrews —sonrió el policía.

—Pero los médicos dicen que ella estaba…

—Los médicos, a veces, por eminentes que sean, pueden equivocarse. Ellos mismos admiten que no se puede asegurar nada sobre las dolencias mentales de la persona. Todo está sujeto a una serie de factores emotivos y sicológicos muy complejos.

—¿Y es seguro que no había bombones en todo el piso, cuando ustedes acudieron?

—En absoluto, señor Andrews. Ni tarjeta, ni envoltorios, ni rastro alguno de un regalo… Y mucho menos, bombones o cosa parecida. Su amiga Marion, una muchacha que también es camarera, estuvo con ella esa tarde. No se recibió nada en absoluto.

Como es lógico, todo fue pura invención. Estaba sola en el momento de ocurrir el drama. Ella misma debió de arrojarse, nada más telefonear a la policía, en su sicosis persecutoria.

Jim Andrews respiró hondo. Durante la pausa que siguió, dio unos pasos por el despacho adonde había acudido nada más conocer el lamentable suceso de los Apartamientos Hansworth. Las circunstancias habíanle unido sin querer a la muchacha, y ahora lamentaba aquel desenlace.

—¿Qué es lo que ella dice? —preguntó de pronto.

—¿Ella? Ni siquiera ha hablado aún. El golpe fue muy fuerte, a pesar de que la escalera de incendios la salvara de estrellarse en la calle, ocho pisos más abajo. Se quedó enganchada en la barandilla de la escala, a la altura del piso sexto, y tuvo la fortuna de caer con la —cabeza hacia dentro. Cedió el peso hacia allí, y rodó por los escalones, hasta el rellano del quinto. Allí la encontraron inconsciente.

—¿Se teme por su vida?

—En un principio parecía que sí. Luego, se ha comprobado que no son tan graves las lesiones. Pero el fuerte *shock* de la caída, no por voluntaria menos violenta, y la crudeza del impacto en las escaleras y barandilla, la han dejado en un estado de inconsciencia casi total. Ahora, se halla hospitalizada en el mismo centro neurológico donde estuvo recluida aquellos meses. Esperan que no sea precisa intervención quirúrgica, pero por si acaso, se ocupan de ella en el Pabellón de Cirugía.

—Entiendo. —Jim asintió despacio—. Espero que ahora, o no vuelva a salir, más de allí, o cuando lo haga sea para vivir como otro ser normal, sin nuevas obsesiones.

—Yo también lo deseo. Creo que a usted le metió en líos una noche, con un supuesto crimen horrible, la desaparición de un cadáver, y un sinfín de tonterías más.

—Es cierto. Parecía tan convencida, que llegó a hacerme dudar, aun cuando sabía ya que sufría un mal neurótico. Pero la historia era ridícula. A nadie se le ocurría pasearse con un cadáver por la carretera.

—Evidentemente —el policía sonrió—. La señorita Fraser tiene una gran imaginación. Espero que esta vez sea su última fantasía.

—Yo también —se encaminó a la puerta. Ya en ella, se volvió un instante—. ¿Podría visitar la casa de Vera, teniente? ¿O está cerrada en la actualidad?

—¿Para qué quiere ir? —se extrañó el policía.

—No sé. Simple curiosidad. El caso de esa muchacha me interesa. —Tal vez haga un comentario en la televisión, sobre su historia. Unas fotografías de su propio alojamiento y de la ventana por donde cayó, complacerán al público femenino. Las mujeres se enternecen con estos relatos. Y quizá tenga un interés humano, en el fondo.

—Está bien, señor Andrews. Le extenderé una autorización, y el dueño o encargado de los apartamientos, le dejará pasar. Este caso, referido en la televisión, puede servir de ejemplo a otras jovencitas de las que pretenden siempre alcanzar un plano de popularidad con mentiras. Aunque ése no sea el motivo de Vera Fraser, no irá mal refrescarle la memoria a otras, a tal respecto.

—Es, justamente, lo que había pensado. Gracias, teniente —saludó Jim Andrews, agitando una mano en señal de despedida,

* * *

Se apartó de la ventana. La jovencita que se asomaba en la ventana de enfrente, pareció defraudada de que no le dirigiese la palabra, Caminó por el gabinete, sin saber a ciencia cierta qué buscar. Había tirado ya media docena de fotografías. Sería suficiente para el reportaje. Lo único que sacaría en limpio de aquel maldito asunto de chiflados.

El teléfono sería también un buen tema para presentarlo como un motivo dramático en el asunto. Primero, la llamada a él; luego, la que hizo Vera Fraser a la policía. Era nauseabundo hacer cosas así con una pobre chica enferma, pensó Jim. Pero el periodista, sea de Radio, Prensa o Televisión, ha de ser nauseabundo, le guste o no; porque la gente lo es, y quiere cosas así.

Se inclinó, colocando el teléfono para tirar la fotografía. La mesita era de patas bajas, junto a un sofá. Una punta de la alfombra se había doblado, bajo una de las patas. La asió con el pie. Algo salió rodando y se detuvo junto a la puntera de su zapato.

Jim lo miró con indiferencia, disponiéndose a tirar la fotografía. Pero se detuvo. Inclinóse, tomando con los dedos aquel objeto rodante. Era media esfera marrón, con su interior color fresa, pastoso.

Medio bombón de chocolate, relleno de fresa. Bombones de

chocolate. Había habido allí, bombones de chocolate. Pero cuando la policía llegó, no había caja, ni papeles, ni nada de nada. Acercó el bombón a la nariz. Estaba mordisqueado. Lo olfateó. Olía a chocolate, a fresas…, y un poco también a algo diferente: almendras amargas.

Algunos dulces huelen a eso. Y el cianuro también. *Cianuro*… Rápido, extrajo un papel de su bolsillo. Envolvió el bombón. Luego, utilizó el pañuelo para terminar de envolverlo, y guardó todo ello en un bolsillo. Ya no le interesaban las fotografías.

¿Sería posible que la neurosis de Vera Fraser la hubiera empujado a comprar bombones a envenenarlos y comerlos luego?

Pero según los médicos, no había apariencia de otro mal en ella, que el simple choque al caer. Nada de envenenamientos. Si había algún residuo leve, solamente una autopsia podía revelarlo. Y Vera aún *vivía.*

Se encaminó al lavabo, guiado por una corazonada. Abrió el botiquín del muro. Era curioso, pero el frasco del vomitivo estaba mal cerrado. Parte de su contenido habíase derramado en el estante; como si lo hubieran abierto precipitadamente.

Miró fijamente la toalla color fresa que colgaba de la barra de vidrio con soportes cromados. Había leves manchas. Manchas de dedos, en color marrón. Dedos manchados de chocolate…

Se apoyó en el lavabo pensativo. ¿Era tan astuta su locura como para envenenarse primero y luego tomar un reactivo, para expulsar el veneno? ¿Y por qué, complicadamente, recurrir después de todo eso a un simple salto al vacío?

Absurdo. Esto era absurdo por completo. Hasta un loco procede con lógica. Y Vera Fraser no parecía tan rematadamente loca. Una cosa es tener alucinaciones, y otra muy distinta, crear un ambiente de asesinato con tales complicaciones por medio.

Regresó lentamente al gabinete. De nuevo se acercó a la ventana, salvó el alféizar y se plantó en el rellano de la escalera de incendios. En la otra casa, enfrente, la muchacha aquélla bailaba un «*rock and roll*» en pantalón cortos, mientras un disco de Elvis Presley giraba en el tocadiscos.

Se detuvo la chica, al saberse contemplada. Sacó la lengua agresivamente a Jim, y luego hinchó su torso, bajo el fino punto del suéter, como si se irritara.

Jim Andrews rió, e hizo un gesto hacia el teléfono de la muchacha. Ella enarcó las cejas. Jim señaló el del interior de la casa. Ella entendió. Meneó afirmativamente la cabeza, y empezó a marcarle cifras con los dedos, sonriendo maliciosamente. Jim Andrews empezó a apuntar mentalmente:

—Uno…, ocho…, siete…, tres…, tres…, dos…, siete… Asintió rápido, encaminándose al teléfono. Marcó viendo cómo la jovencita esperaba junto a su receptor, alisándose el suéter con gestos burlones.

Cuando terminó de marcar, ella, al otro lado de la calle, alzó el auricular. Su voz era algo chillona, barriobajera. Y llena de sugerencias al hablar.

—Hola. ¿Qué quiere usted de mí, señor? Soy una chica decente y…

—Nunca lo dudé, preciosa —rió Jim entre dientes—. Por eso te llamo. No voy a hacerte proposiciones deshonestas. Sólo me gustaría charlar contigo un rato, tomar algo juntos… y regalarte unos cuantos discos de esos que he visto que te gustan.

—Ya. Y todo eso, ¿a cambio de qué?

—Soy periodista. Me gustaría que me hablaras de la chica que se tiró anoche por la ventana; de tus impresiones y todo eso. Puedo hacerte famosa, pequeña.

—Eso está bien. Me gustaría ser famosa. ¿Dónde nos vemos, señor?

—Pongamos que en aquel «*snack*-bar» de la esquina, dentro de media hora.

—Hecho. Hasta luego, señor.

Jim colgó. Upa sonrisa indefinible asomó a sus labios. Luego, volvió a llamar, a la vez que hacía un gesto, amistoso a la joven situada al lado opuesto de la calleja.

Pero ahora no llamó a la muchacha, sino a otro lugar muy distinto.

—Oiga, ¿es
O’Reilly?
—preguntó al hablar, una voz masculina por el teléfono.

—El mismo. ¿Quién llama?

—Soy Jim Andrews,
O’Reilly.

Tengo algo para ti. ¿Podrías conseguir que en ese laboratorio analizaran con urgencia algo que puede tener una gran importancia en un caso criminal?

—¿Criminal? Claro, Jim. ¿Es que ahora te destinan a presentar los «tele-sucesos»?

—Algo parecido. Gracias,
O'Reilly.
Ahora mismo te lo enviaré…

Colgó. Una expresión calculadora, aguda, asomaba a sus ojos. Estaba pensando en el bombón de chocolate, en aquel otro «bombón» de pantalones cortos y suéter agresivo, en Vera Fraser, inconsciente en el hospital… y en la posibilidad de que, después de todo, la descabellada historia del cadáver de una hermosa rubia, viajando por carretera entre dos asesinos, fuese cierta y no invención de una mujer desequilibrada…

CAPÍTULO VII

CHOCOLATE, CIANURO Y PISTAS

—¿Lo que vi anoche? —La muchacha se encogió de hombros, delante de su alto vaso de batido de frutas—. No fue mucho. Me estaba desvistiendo para acostarme, cuando miré hacia las ventanas de esa pobre chica. Justamente, entices, apagaban la luz los dos…

—¿Los dos? —Casi aulló Jim, inclinándose sobre ella. Su ímpetu le hizo derribar la copa de *whisky*—. *¿Qué* dos?

—Ella y el hombre, claro está —hizo la jovencita un guiño picaresco—. ¿O se cree que la chica era una santa?

—Alguien me dijo que ella estuvo sola toda la noche.

—Pues le mintieron. Ella y el tipo aquel parecían muy enamorados. La tenía abrazada con fuerza, por lo poco que pude ver. Como le digo, apagaron la luz enseguida…

—Ya entiendo —suspiró Jim Andrews—. ¿Y después?

—Algo fue mal entre los dos. Porque yo acababa de desvestirme y me dirigía a la cama, cuando oí aquel grito terrible. Corrí a asomarme. La luz de una ventana me permitió verla caída en la escalera de incendios.

—¿Y al hombre? ¿No vio al hombre?

—No me acordé más de él. Ni siquiera sabía entonces que fuese ella. Pero eso sí, la luz de la estancia seguía apagada.

—¿No le sorprendió ahora pensar en ese detalle? Una mujer cae… y el hombre ni siquiera enciende la luz o se asoma…

—Hay tipos raros; y chicas raras también. No me meto en la vida de nadie.

—Yo, sí. Es mi oficio. ¿Recuerdas bien al hombre? ¿Cómo podía

ser su aspecto?

—A los hombres siempre les recuerdo bien —rió ella—. Pero la distancia y la noche no son buenos ayudantes para fijarse mucho en nadie. Creo que era fuerte y no muy alto, eso sí. Un tipo burdo, ¿sabe? Ella es una chica fina. Ya dije que hay cosas raras en eso.

Jim asintió. No esperaba sacar mucho más de la joven. Pero no podía defraudarla tampoco ahora, tras aquella información. Ella parecía aburrida de tener que hablar de todo eso. Evidentemente, cuando salía con algún muchacho desconocido, no era para chismorrear de la vecindad.

—Bueno, pequeña, ahora dejemos un poco a tu vecinita de enfrente —sonrió, pasándole un brazo por los hombros—. Y hablemos de nuestras cosas… Eso pareció gustarle más a la chica. Mucho más.

* * *

—¿No hay lugar a dudas,
O’Reilly?

—En absoluto, Jim. Es cianuro. Un par de bombones, con esa dosis, bastarían para terminar con cualquiera. Quizá también con uno, aunque no sería tan seguro.

—¿Y con medio?

—Una seria intoxicación. Pero —pudiendo tomar un vomitivo o un antídoto a tiempo, el peligro desaparecería con cierta facilidad. ¿Te basta eso, Jim?

—Sí, gracias. Lo realmente difícil, viene ahora: localizar el origen de esos bombones. No tenemos caja, envoltorio ni referencia alguna. Y necesito saber quién fabricó esos bombones o, al menos quién pudo venderlos.

—Tal vez pueda ayudarte en ese punto —sonrió el técnico del laboratorio de análisis—. En la base del bombón, el chocolate forma aún unas letras, casi borradas por la mano que tomó el dulce, por la caída a tierra y por tu propio modo de traerlo. Es la marca de una bombonería o cosa parecida. Pero, desde luego, está ilegible, salvo una letra final: una ele. Un círculo, en el propio chocolate, rodea esa marca.

—Con eso, no creo que pueda ir muy lejos.

—Por el contrario, Jim. Si fueras goloso, sabrías que muy pocos establecimientos imprimen su marca en los bombones. Ha de ser alguno de lujo, en Broadway. Y de ésos, muy pocos terminarán en ele, y menos aún se preocuparán de grabar en chocolate su firma, en la base de una esferita de chocolate.

—Gracias por el informe,
O'Reilly.
No soy goloso, pero siempre está uno a tiempo de cambiar de costumbres…

* * *

Se llamaba
«Martel's».
Tenía el rótulo en un círculo luminoso, y ocupaba un chaflán importante, a la altea de la calle Treinta y Seis.

—Oh, señor Andrews, su programa de televisión es maravilloso —aseguraba la enlutada dama de cabellos grises y figura esbelta, acariciándose mecánicamente su gruesa cadena de oro, en torno al cuello, de la que pendía una moneda de veinte dólares en oro—. Yo jamás me lo pierdo. Es un honor contar con usted como cliente.

—Gracias, señora. Le aseguro que soy yo el honrado al contar con tan distinguida atención. —Jim le dedicó su sonrisa más estereotipada, igual que si se hallase ante las cámaras de la ABC—. Por cierto, señora Martel, que tengo el compromiso de enviar unos bombones de chocolate a una dama, y desearía que hoy mismo se los llevasen. ¿Ustedes pueden cuidarse personalmente de ello?

—Oh, por supuesto. No es que los enviemos por nuestro propio conducto, pero existe una agencia de reparto que llevará su obsequio a la persona deseada, en poquísimo espacio de tiempo, señor Andrews —la dama le sonrió de nuevo, envolvente, y suspiró —. Dichosa la que puede recibir de un hombre como usted una caja de bombones…, o una simple flor.

—Lo tendré en cuenta, señora Martel —aseguró con exquisito tacto el joven. Y añadió suavemente, como el azar—: Si lo prefiere, yo mismo me llevaré los bombones, y haré entrega de ellos a esa agencia de envíos a domicilio. Supongo que ésa será la costumbre…

—No, no, por Dios,

«Martel’s»
cobra caro, pero sirve bien. Es nuestro lema, señor Andrews. El cliente jamás debe molestarse. La agencia cuida de los envíos puntualmente.

—Una vez, en una floristería de Times Square, encargué un ramo de flores. La «Agencia Bolton» se ocupaba del reparto. ¿Querrá creer que llegaron lamentablemente tarde, cuando la dama a quien iba destinada el obsequio se hallaba ausente? Y creo que «Bolton» se cuida de repartir muchos regalos. No me fiaría nunca de ellos.

—Descuide, señor Andrews. No conocemos a esa «Agencia Bolton». Y la «Star», que nos sirve a nosotros, es eficiente, rápida y precisa. Siempre llega a tiempo…

—Confío en su palabra, señora Martel —inclinóse, y besó la mano de la dama. Ella enrojeció como una muchachita—. Envíe esos bombones, por favor.

Dio la dirección de la vecinita de Vera Fraser, y encargó la caja y la cantidad. Pagó, aunque parecía muy ofendida la dama por su prisa en abonar el encargo, y dejó la confitería atrás, invadido por los suspiros de su fiel telespectadora.

* * *

Figuraba en el listín telefónico como enclavada en Lexington. Tuvo que ir bastante arriba, por la avenida, hasta encontrar la «Agencia Star», «de reparto a domicilio a todas horas».

El encargado escuchó su demanda. Luego, ante la personalidad del visitante, pareció perder su habitual aire huraño. Inclinóse, tomando un volumen donde anotaba cuidadosamente todos los envíos hechos.

—¿Dice usted que fue anoche?

—Sí. A los apartamientos Hansworth. A nombre de la señorita Vera Fraser. Un encargo de bombones, de
«Martel’s».

—Aquí está —dijo el hombre, tras una breve pausa, buscando datos en el libro—. Señorita Vera Fraser, apartamiento ochocientos cincuenta y siete, letra D. Apartamiento Hansworth… Una caja de bombones, de

«Martel's».
No hay otro encargo similar. Lo repartió John Gordon.

—Pero, seguramente, no lo recibió de manos del comprador…

—No, no. Nunca se recibe del comprador directamente. Nos especializamos en acepté repartos de empresas, de establecimientos y todo eso. Pero siempre anotamos también el nombre del comprador que hace el regalo. Es norma de la casa.

—¿De veras? —Jim Andrews le miró con vivo interés, enarcando las cejas—. ¿Está seguro de eso?

—Por supuesto, señor Andrews —sonrió el empleado extrañamente—. Pero no podemos dar tales datos a quien no sea el interesado, el destinatario, siempre que el que lo envía no prohíba tal dato, y la casa que hizo la venta.

—Bien, pero a mí, espero que pueda decírmelo. Es muy importante y…

—No tiene que dar explicaciones, señor Andrews. Usted no entra en las excepciones a que hacía referencia, después de todo. ¿O acaso no tiene nada que ver con el James Andrews que figura en mi libro como comprador de esos bombones?

Y su sonrisa maliciosa volvió a asomar a los labios, ahora muy justificadamente.

* * *

—Todo eso resulta muy raro, ciertamente. Pero no es definitivo.

—¿Qué necesita, entonces, como definitivo, teniente Palette?

El policía sonrió con suavidad, mirando amablemente a su visitante.

—Mire, Andrews. Usted no es policía; yo, sí. Hay muchos que pretenden enseñarnos nuestro oficio, aunque admito que no todos ellos tienen su sagacidad en ir localizando pistas, tomando hilos sueltos y caminando paso a paso por una serie de puntos tan bien ligados, como ha hecho usted. ¿Quiere que le desbarate un poco su teoría?

—Adelante. Hágalo, si puede.

—Verá: las neuróticas como Vera Fraser, amigo mío, son mujeres extrañas, incluso en sus afectos. Seguramente, para huir de su propia soledad buscó anoche la compañía de un hombre, de un

amigo o de un tipo que simplemente intentaba aprovecharse de la situación, con una mujer normal, que él creía haría fáciles las cosas. Pero no resultó así, y en vez de una aventura fácil, hallóse nuestro hombre con una desquiciada a punto de cometer una chifladura. Primero con unos bombones que pretendía comer, y que él descubrió que olían a cianuro. Se los arrebató, y ella entonces, en su delirio, lánzóse por la ventana. Terror en el hombre, que se escapa, para huir de la quema, preocupado por lo que puede sucederle si le mezclan en el feo asunto.

—¿Llevándose con él los bombones?

—Posiblemente, sí. Tiene miedo de que la presencia de esos bombones envenenados den al asunto un aire de asesinato, y alguien pueda recordar su visita a la Fraser. Deshaciéndose de los bombones, todo se reduce a lo que ha sido: el salto al vacío de una chiflada.

—¿Y cómo justifica el veneno en los bombones?

—Igual que la llamada telefónica, el salto por la ventana y todo eso. Ella misma compró los bombones, o los hizo comprar a ese tonto de que hablábamos, aparentando que los enviaba usted. En su neurosis, una mujer lo planea todo refinadamente, para complicar a cualquiera en sus farsas con aires de verosimilitud. Inyecta el veneno en los bombones, no hace falta que sea en más de cuatro o cinco, y cuida de probar solamente uno, para no sufrir un envenenamiento irremediable. Ya tenemos creada la farsa, complicado usted, como ella desea, para dar a todo un aire novelesco. Y la muerte o la intoxicación que completa su fantástica idea. Pero el hombre lo malogra todo, precisamente cuando espera dramáticamente a la policía. Y se arroja por el hueco de la ventana. Su farsa no ha fracasado del todo, a fin de cuentas. ¿Convincente?

—No.

—Lo siento. Si habla con un médico, posiblemente le dirá lo mismo.

—Tampoco me convencerá, teniente. Tengo mi propia teoría.

—¿Cuál es, Andrews? —sonrió Palette.

—No se la diré. Iba a reírse de mí —se puso en pie—. Pero creo que Vera Fraser está sana de su cabeza como usted y como yo.

—¿Y hay un grupo de siniestros asesinos persiguiéndola? —El policía rió—. Mi querido Andrews, no sea usted ingenuo. Unas

faldas y una cara bonita, le hacen ver imposibles.

¿Por qué habían de querer matar a esa chica?

—Tal vez…, tal vez porque *ella sabe demasiado.*

Lo había dicho lentamente, reflexionando con gesto hosco. Palette le miró sorprendido. Luego, inquirió:

—¿Demasiado? ¿En qué sentido, Andrews? ¿Qué quiere sugerir con eso?

—Usted recuerda lo de la carretera. ¿Y si fue cierto lo que asegura haber visto?

—Por Dios, Andrews. ¿Un cadáver sentado junto al volante, paseándolo alegremente por esos caminos? Es un disparate.

—Tal vez no lo sea tanto como hemos creído hasta ahora —apuntó vivamente Jim, inclinándose hacia el policía—. Un cuerpo sin vida, forzadamente situado como si aún viviese, llama poco la atención, de noche y con una nevada como la de aquella vez. Mucho menos peligroso que tirarlo atrás, donde cualquiera puede advertir su presencia, o metido en el portaequipajes, donde un agente de carreteras o cualquier otro puede mirar, por un motivo inesperado, hundiendo todos sus planes. ¿Quién va a sospechar de una mujer sentada entre dos hombres, por callada que esté, si se le da una apariencia de dormida o enferma?

—Andrews, es una explicación novelesca. No me convence. ¿Dónde, si no, está ahora ese fantástico cadáver?

—Es lo que me gustaría, saber. —Jim se irguió despacio—. Como también quién puede ser ella.

—Hágame caso, Andrews. Vuelva a la televisión. Eso es lo suyo. Deje para nosotros los problemas detectivescos. ¿O espera conseguir algo más de publicidad con el papel de policía aficionado, husmeando pistas inverosímiles?

—No es publicidad lo que busco, teniente. Empecé a hacer esto para mi programa. Pero algo ha sucedido entre tanto. Algo que me ha hecho dudar. Y, por fin, me ha inclinado a creer que Vera Fraser no se arrojó por la ventana…, sino que la tiraron.

—No puedo prohibirle que hable de esas cosas en la TV, Andrews. Pero no me gusta que venga a enseñarme a mí el oficio —refunfuñó el Teniente—. ¿No tiene más que decirme?

—No, teniente —cortó Jim, irritado—. Como usted ha dicho, la televisión es lo mío. Y allí, nadie puede prohibirme que hable. Tal

vez sea lo que debo hacer… ¡y lo que haré! Salió del despacho, dando un portazo algo brusco.

CAPÍTULO VIII

CEBO

La pantalla se iluminó, después de pasar el «cartón» publicitario correspondiente. Miles de espectadores —en especial espectadoras — vieron la faz amiga, joven y plena de energía, de Jim Andrews. Sentado a su mesa, con los papeles por medio y el decorado del Nueva York nocturno como fondo. Comenzó a hablar. Lenta, reposadamente. Como hablaba cada noche en su programa:

—Señoras y señores, telespectadores todos; muy buenas noches —hizo una pausa breve, más breve que de costumbre—. Hoy, mi charla va a ser muy corta. Y espero que no resultará agradable para todos. En especial para la policía y para los siquiatras. Estoy decididamente contra su opinión esta noche. Se dirime en este caso, en esta polémica, algo de auténtica trascendencia, como es la razón de una mujer… e incluso su propia vida.

Hizo una pausa. En algún lugar de la ciudad, Jim estaba seguro de que *alguien* habría empezado a rebullirse, inquieto, preguntándose a dónde iba a parar el reportero de la televisión. Pronto le dio gusto a ese alguien:

—Una mujer. Vera Fraser, está ahora en el hospital. Muy grave. Cayó por una ventana, desde una octava planta. Sólo un milagro la mantiene viva. No llegó a la calle, y eso la salvó. Ya anteriormente, unos bombones envenenados habían intentado acabar, con ella. Esos bombones, señores telespectadores, pretendieron hacer creer que ¡los enviaba *yo*! Eso es totalmente incierto. Jamás supe nada de tales dulces, cargados de cianuro. Tengo las pruebas del análisis, con los restos del bombón que ingirió Vera Fraser.

»Y aquí viene ahora lo patético del caso. Vera Fraser va a ser declarada loca, o a ser internada para observación médica. ¿Por qué? Porque se supone que es una neurótica que imagina cosas, que planea sus propios males, en una obsesión enfermiza de acusar a los demás.

»Pero yo… ¡yo SE que eso no es cierto! Yo sé que ella está sana, como cualquiera de nosotros. Y seguramente, ahora, en algún lugar de la ciudad, ante un televisor, hay *alguien* que sabe cuánta razón tengo. Alguien que empieza a preocuparse de que yo, Jim Andrews, cuyo programa se ve en toda la costa, hable así. Y de que crea en el buen juicio, en la razón de una mujer que pudo haber muerto porque *sabe demasiado.*

»Yo sólo os prometo una cosa: en breve, amigos míos, por esta misma pantalla, es posible que sepáis quiénes y por qué, cometieron un asesinato y estuvieron a punto de lograr otro. Yo estoy sobre la pista. ¡Yo les descubriré, y rehabilitaré a esa infeliz muchacha, víctima de la verdad que pretendió revelar a los demás!

* * *

—¡Grandísimo loco! —rezongó el teniente Palette, irritado, levantándose de un brinco de su asiento, para cerrar el televisor—. ¡No sabe lo que dice! ¡Debería de existir una forma de controlar a gentes como Andrews y prohibirles que hablaran así!

—Pero, querido —habló su mujer, desde la puerta del comedor —. ¿Es que no tiene razón?

—¡No, maldita sea! —refunfuñó Palette—. Lo único que conseguirá así es meternos en líos con la gente…

* * *

Se miraron los dos hombres.

Sam cerró el televisor. Una fría expresión de ira tensaba su rostro. Greg había aplastado su cigarro contra el cenicero, en un gesto violento.

—De modo que a Vera Fraser le ha salido un caballero andante —rezongó Greg.

—Y peligroso —asintió Sam—. Muy peligroso. Si descubre algo… es como si lo supiera todo el mundo. Tiene los oyentes a miles, en ese programa.

—¡Infiernos; no sabe nada! ¡Él no puede saber nada! Está fanfarroneando…

—Al parecer, sabe algo. Lo que menos nos interesa a nosotros: Vera Fraser no está loca. Y si no lo está, la historia de los bombones es cierta. Pero, sobre todo, sería cierta su historia de la otra noche sobre el cadáver.

—Y ese Andrews nos conoce. Quizá, incluso, anotó nuestros nombres y matrícula del coche…

—No, no lo hizo. Fingió escribir, para engañarla a ella, a quien creía loca. Yo lo vi. Be todos modos, la matrícula del coche es lo de menos. Ni siquiera tiene relación con nosotros. Lo peor es que recuerde los nombres… y que investigue. Puede conseguir mucho. Tiene fuerza. Y no es tonto.

—¡Diablos, esa Vera Fraser debió de haberse hecho pedazos en la calle!

—Eso no tiene remedio. Y, de cualquier modo, ella no nos estorba tanto como él. Nadie la creerá, o nadie la creyó hasta ahora. Está en el hospital. Pero Jim Andrews está en la calle; lleno de salud y de fuerza; dispuesto, incluso, a buscarnos; a buscar lo que sea para ayudarla… Eso es un peligro para nosotros, Greg.

—¿Cómo piensas conjurarlo, Sam?

—Muy fácilmente. ¿Cómo se conjuró el de Vera Fraser?

—Cielos… ¿Otra vez?

—Es *absolutamente* necesario. Jim Andrews tiene que morir, si queremos volver a respirar tranquilos. Pero esta vez, sin errores. Debe parecer un accidente. —Está bien, Sam. Se hará. Lo que hace falta, es que sea el último…

* * *

—Por favor, señorita. Quiero Lake, ochenta y siete, ochenta y siete, cero siete, en Buffalo.

—No se retire. Estableceré comunicación —una pausa. Luego, de nuevo la voz de la telefonista—: Deposite sesenta centavos, por favor. Espere después la conexión.

Esperó, tras echar las monedas por la ranura. Al otro extremo del hilo, repicó un timbre; apenas unos momentos; luego, una voz varonil distante:

—¿Dígame? —Era ávida, ansiosa, la expresión de aquella voz.

—Se trata de Judy Morrow.

—¡Dios mío! —La ansiedad se hizo más evidente—. ¿Ha aparecido ya? ¡Hable, por Dios!

—Espere, no se ilusione demasiado pronto. No llamo para dar los informes, sino para pedirlos. Después es posible que muy pronto sepan de ella.

—¿Quién es usted, señor? Han llamado últimamente varias personas, pero siempre por error… o por querer ganar la recompensa.

—Posiblemente yo llame por error. Pero no por lo otro, señor…

—Morrow. Hurt Morrow.

—¿Ella es su hija?

—Sí…

—Oh, la siento, señor Morrow. Seré breve. Mi nombre es Jim Andrews. Estoy interesado en encontrar a una muchacha —que podría ser su hija. Dígame: ¿cuándo desapareció ella de su casa?

—Hace pocos días, señor Andrews. Exactamente cinco. Pero eso nunca había ocurrido antes. De ahí nuestro temor.

—Lo comprendo. ¿A qué se dedica ella?

—En encargada del guardarropa de un local nocturno, en Glenndale, cerca de Buffalo. A ella le gusta ese trabajo, y a mi esposa ni yo hemos podido nunca quitarle la idea de la cabeza. Tiene su coche para trasladarse al lugar de trabajo y volver. Un coche sencillo.

Últimamente, dijo que compraría otro mejor. Al parecer, esperaba algún beneficio especial porque su sueldo y las propinas no bastarían para eso. Claro está que, últimamente, había empezado a comprarse trajes algo costosos, e incluso lucía joyas que, según nos dijo, eran simples obras de bisutería fina, prestadas por una firma comercial de Glenndale para que las exhibiese, en plan de propaganda.

—¿Y no eran bisutería?

—Mi mujer siempre ha dicho que no lo eran. Yo hice valorar el otro día uno de los anillos de bisutería, justamente un día o dos

antes de desaparecer ella. El joyero me dijo que podían pagarse por aquella pieza hasta diez mil dólares, sin perder un centavo en la operación. Me asustó. Si el anillo valía eso, ¿qué no valdría otras cosas que llevaba, como collares, pendientes y…?

—Deposite otros sesenta centavos si continúa, por favor —pidió la telefonista.

Rápidamente, Jim lo hizo, continuando su charla con Buffalo.

—¿Qué amistades tiene en Glenndale? —interrogó Jim vivamente.

—No lo sé. Nunca nos habla de eso. Pero no me gusta nada de lo que hace, y estoy seguro de que tampoco me gustarían sus amistades. Últimamente, incluso me pareció que le gustaba demasiado beber licores. Estoy dispuesto a sacarla de Glendale, señor Andrews; le guste o no.

—¿Es mayor de edad?

—Sí. Tienes veintidós años. Pero me respeta aún. Espero que siga respetándome…, si no le ha sucedido nada malo.

—Ojalá sea así, señor Morrow. ¿Puede darme el nombre del local de Glendale donde trabaja como guardarropa?

—Sí. Es el «Niágara Rainbow».

—Gracias. ¿Dio cuenta a la policía de su desaparición?

—Sí. Ellos me aconsejaron poner el anuncio.

—¿Qué han descubierto?

—Nada. Al parecer, había bebido bastante la noche que no volvió a casa. Dicen que seguramente se fue de paseo con algunos amigos suyos del club. Y la policía opina que la convencieron para ir lejos, a alguna hacienda de ésas en que una partida dura días enteros. Ahora, tal vez tenga miedo y no quiera volver a casa…

—Tal vez, señor Morrow. De todos modos, prometo buscarle a su hija.

—Gracias. Si lo hace, la recompensa…

—Olvídese de eso. La buscaré, aun sin recompensa. Adiós, señor Morrow.

Colgó Jim. Pensativo, frotóse la mandíbula. Luego, sin vacilar un momento, descolgó el auricular y llamó de nuevo. Esta vez, al estudio de la ABC.

Cuando Fred Ryan estuvo al aparato, llamó:

—Oye, Fred: es posible que esté un día fuera de Nueva York. Si

no he vuelto para la hora de mi programa, sustitúyeme.

—Pero, Jim…

—Es muy importante, te lo aseguro; para el programa y para mí. Haz lo que te digo, si a la hora de empezar no estoy ahí.

Luego, volvió a utilizar el teléfono. Pero esta vez, para llamar a la oficina de una compañía aérea. Encargó un billete para el avión Nueva York-Buffalo, que saldría un par de horas más tarde.

—¿Crees que es prudente esto?

—Cierra el pico, Greg. Cuando lo hago, es por algo.

Cerró la cabina tras de ellos. Los dos hombres se apretujaron en el angosto recinto. Fue Sam quien echó el níquel y marcó un número. Sonó el teléfono.

—¿Dígame? —preguntó una voz, finalmente.

—¿Residencia Lowell? —inquirió Sam.

—Sí. ¿Por quién pregunta?

—Deseo hablar enseguida con el señor Andrews. Jim Andrews, de la
ABC-TV.
Es un recado urgente.

—Lo siento, señor. Pero el señor Andrews no está.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Lo ignoro, señor. Pero hoy no es fácil que lo haga. Ha salido de viaje.

—¿Viaje? —Sam frunció el ceño.

—Eso es. Tomó el avión para Buffalo. Quizá vuelva mañana. Si quiere dejar algún… El golpe seco del teléfono, al ser colgado, retumbó en la cabina. Greg había oído por el auricular lo que dijera el telefonista. Estaba pálido, y se humedecía los labios con la punta de la lengua.

—¡Buffalo! —jadeó Sam—. Ha ido a Buffalo, Greg…

—Lo he oído. ¿Crees que…?

—No sé cómo lo habrá hecho, maldita sea. Pero lo ha encontrado. Se ha ido a Buffalo…, y todo puede hundirse, si encuentra algo allí…

¿Qué vamos a hacer?

—Solamente tenemos un recurso, Greg —silabeó Sam, con los ojos entornados y brillantes—. Ir también a Buffalo inmediatamente… Y si allí disponemos de la más pequeña

oportunidad… Jim Andrews no volverá vivo a Nueva York.

* * *

No era agradable el papel que se había asignado a sí mismo.

Pero cuando se tantea en las tinieblas, cualquier recurso es bueno. Aunque esté erizado de peligros y de problemas.

Había partido sin base alguna en aquel caso. Ahora, volaba hacia Buffalo, con una pista y un nombre: Judy Morrow, guardarropa del «Niágara Rainbow», de Glenndale, una villa o población de diversiones, a poca distancia de Buffalo.

Por otro lado, había lanzado su desafío a los criminales, a través de la pantalla de televisión.

Un desafío que no era una fanfarronada ni un alarde tonto, sino una necesidad imperiosa de provocar algo, de poner nerviosas a los culpables… Claro que así, él se convertía en una especie de cebo para los asesinos.

Ahora, todo dependía de la habilidad del pescador en que las fauces del pez engulleran el cebo humano, antes de que el anzuelo hubiera prendido en su carne irremisiblemente.

Si lograba eso, tal vez Vera Fraser se libraría de un encierro de años en un sanatorio mental. Y unos asesinos irían a la silla eléctrica.

Si no… el cebo humano, que era él, sería la siguiente presa de los criminales.

Suspiró, retrepándose en el asiento del avión.

Era mejor no pensar en todo eso. Era mejor olvidarse, y pensar en la infortunada muchacha que yacía en un hospital de Nueva York, una muchacha en la que nadie había creído… Y en otra muchacha, una rubia bonita y frívola, llamada Judy Morrow, que tal vez había dado su último paseo, sentada en un «De Soto» negro, con el cráneo destrozado…

No. Tampoco era agradable pensar en esto. Ninguna cosa de aquel asunto resultaba agradable, salvo el bonito y sereno rostro de una rubia apacible, como Vera Fraser.

Dormir era mucho más grato. Jim Andrews, reclinándose en el asiento, se durmió durante el vuelo. Soñó con Vera Fraser.

CAPÍTULO IX

JUDY MOOROW

Glenndale era una ciudad pequeña y bulliciosa, una especie de Las Vegas, en menor escala, donde el hecho de ser fronteriza con el Canadá, y equidistante de la severa ciudad de Buffalo y la romántica Niágara, parecía conceder una mayor tolerancia a los locales nocturnos.

No se toleraba el juego, ni el *streap-tease* estaba públicamente autorizado. Pero el que una cosa no se anuncie al público, no quiere decir forzosamente que no exista. Ilegalmente, podía encontrarse de todo en Glenndale, y no todo bueno. Que el noventa y siete por ciento de policías y autoridades conocieran esa «ilegalidad», era cosa sabida. Lo ilegal, por norma, la primera en conocerlo y tolerarlo casi siempre, es la propia Ley. Jim Andrews sabía de esas cosas, aun sin pisar las anchas, limpias y bien pavimentadas calles de Glenndale.

El «Niágara Rainbow» ostentaba en su fachada una vista de las inefables cataratas, un arco iris que por la noche fulguraba de luz multicolor, y una figura de mujer a la que la espuma de la catarata iba muy bien para que no dijesen los puritanos que aquello era un desnudo. Pero, evidentemente, debían decirlo:

Cuando Jim Andrews pisó el interior del «Niágara Rainbow» aún no era su momento de esplendor. Todo aparecía dispuesto, los camareros daban los últimos toques a sus mesas y a sus uniformes, el barman preparaba las cocteleras, bien bruñidas para deslumbrar a los palurdos, y unas chicas que decían vender cigarrillos, se preocupaban más de estirarse las mallas negras en torno a sus bien

formadas extremidades, que de la mercancía que exhibían en sus bandejas. Jim pensó que hacían bien, e incluso palmeó la pierna de una, al pasar, comentando jovialmente:

—La costura un poco más a la derecha, preciosa…

Ella rió, divertida. Pero Jim no iba a adquirir cigarrillos ni nada. Estaba ya en el mostrador, contemplando de soslayo el guardarropa, donde una joven de suéter negro, endiabladamente ceñido, boca demasiado carnosa y ojos oscuros, preparaba las chapas de pasta, con el número de la prenda dejada a su cuidado. Le sonrió descaradamente, pero ella desvió la cabeza, con aire aburrido. Jim, con un suspiro, se declaró vencido y pidió:

—Un *manhattan*, amigo. Sin mucho hielo. Ya hay bastante ahí afuera…

—Mal invierno tenemos, ¿eh? —dijo el barman por decir algo.

—Como todos —refunfuñó Jim.

El otro, en vista del acierto de su comentario, se abstuvo de añadir otro. Sirvió a Jim un vaso con la mezcla pedida. Abrió mucho los ojos al ver el billete de cien dólares sobre el mostrador.

—No creo que tenga cambio —dijo—. Avisaré a la gerencia. Aún no hemos empezado a despachar y…

Yo no he pedido cambio, amigo —sonrió Jim—. Me gusta ser generoso en las propinas.

—¿Propina? ¿Noventa y cinco dólares de propina? —El otro boqueó—. ¿A cambio de qué?

—Así me gusta. Al grano. —Jim Andrews rió burlón. Miró hacia el guardarropa—. Veo que hay una chica muy bonita ahí.

—Sí. Joyce es bonita. Pero ella no se conforma con cien —le guiño un ojo.

—Lo suponía. Es como Judy.

—¿Judy? —El barman enarcó las cejas. Pareció ponerse de pronto en guardia—. ¿La conoce?

—Claro. Judy es encantadora. Su adorable melena plateada… —Jim suspiró, como si realmente la evocara—. Me gustaría verla.

—No está. ¿No sabía que se ha largado sin decir nada? —Jim meneó negativamente la cabeza con aire sorprendido, al hablarle el barman. Éste le estudiaba receloso, y agregó—: Pero a usted no recuerdo haberle visto antes por aquí, señor. Y tengo muy buena memoria…

—Oh, claro que tiene que recordarme —rió Jim—. He venido con Sam… y con el otro amigo. ¿Ya no se acuerda de mí?

—¿Sam? —El barman se humedeció los labios. Le miraba fijamente—. ¿Qué Sam?

—¿Qué Sam va a ser? Para mí solo hay un Sam en el mundo —soltó una carcajada, y probó su *manhattan*—. Gran chico Sam. ¿No le han metido en líos, al largarse esa chica sin decir nada a nadie?

—¿Por qué habían de hacerlo? Sam no… —se cortó el barman, mordiéndose el labio inferior. Había caído en la trampa, y se daba cuenta, a pesar de que el gesto de Jim no se alteró un solo momento. Respiró con fuerza y le echó el billete de nuevo, con un gesto vivaz—. Tome, señor. Ya me pagará más tarde. No tengo cambio. Y será mejor que no hablemos más. A la empresa no le gusta la charla con los clientes.

Jim no dijo nada. Recogió el billete y lo agitó suavemente, mientras meditaba. Fue luego muy despacio hacia el guardarropa. La morena le contempló sin pestañear. El barman, con aire preocupado, estaba mirándole, Jim podía intuirlo. Incluso era posible que hubiera hecho alguna seña a la chica.

—¿Trae abrigo, señor? —preguntó ella, impersonal, preparando una ficha.

—No. Este año va muy cara la ropa de invierno. Puedo pasar sin él.

—Muy gracioso. En ese caso señor, vuelva a la sala.

—¿Por qué?

—Esto es el guardarropa.

—Ya lo veo. Y usted la encargada de guardar la ropa, ¿no?

La morena captó la ironía. No era tonta. Además de busto y labios, tenía cerebro. Algo raro en las chicas de hoy, pensó Jim con cinismo.

—Guardo la ropa incluso cuando voy a nadar —replicó fríamente—. ¿Algo más, señor?

—No, Judy —se cortó, como si se equivocara. La morena se sobresaltó ligeramente—. Oh, perdón. Joyce, quise decir. Se parecen tanto en el nombre las dos…

—Judy no está ya aquí. Se ausentó y perdió su empleo. ¿Es usted amigo de ella?

—Me gustaría serlo de usted. Dejemos a Judy, ahora que no

está, ¿no le parece?

—Lo que debemos dejar es la conversación. El patrón ha llegado. Y a ése no le gusta ver al personal hablando con desconocidos…

—¿Podemos hablar después? —interrogó Jim suavemente.

—Por favor… —pidió ella, sin comprometerse a nada.

Jim había advertido su expresión de temor, mirando a algún punto de la sala. Giró la cabeza con calma, alejándose del mostrador destinado a las ropas. Vio al hombre alto, de *smoking*, impecable y aristocrático, con cabellos gris plata, gafas de gruesa montura y nariz afilada.

Dominó con dificultad su sorpresa al reconocerle. El hombre también pareció sobresaltado, y ambos cambiaron una mirada larga y desconcertada. El primero en hablar fue el llamado «patrón» del «Niágara Rainbow».

—¡Jim Andrews! ¿Qué haces tú aquí, muchacho?

Andrews sonrió burlonamente, e inclinó un poco su cabeza al responder:

—Justamente iba a preguntarle yo lo mismo, señor Mac Cambridge. Y perdone si ya no le llamo querido suegro, pero sabrá que su querida Ada y yo hemos roto definitivamente…

* * *

—De modo que el viejo Mac Cambridge es el patrón, ¿eh?

La morena del guardarropa asintió, separando sus labios de los de Jim Andrews. Recuperó el aliento, antes de responder con un murmullo:

—Sí, el gobierna el local. Viene de vez en cuando a ver cómo marchan las cosas. Luego se marcha. Regenta una cadena de locales, y no puede perder mucho tiempo en un solo sitio.

—¿Este local pertenece a la cadena «Acme», de la que es accionista?

—No lo creo. Lo adquirió Mac Cambridge hace poco tiempo. Aquí todo es legal. No hay juego ni *streap-tease* ni nada de eso. El quiere legalidad ante todo.

—Oh, sí. El viejo Mac Cambridge es honesto, recto y puritano. ¿Qué diría, si no, la honorable sociedad neoyorquina? Conozco la

especie, querida.

—¿Por qué hemos de hablar de todo eso? Creí que me buscabas por otra razón…

El barman había acertado. Joyce no cedía por cien dólares. Pero sí por doscientos. Fue cuanto necesitó al cerrarse el local, para permitirle ella que la acompañase. Ahora, estaban sentados en las rocas del parque de Glenndale. Alrededor suyo, la nieve festoneaba los contornos de los setos y los árboles. Pero no hacía frío, a pesar de que el aire seco cortaba la piel.

—Hay tiempo para todo, cariño —sonrió Jim—. La noche es larga, y la pasión es breve… Hablemos pequeña, hablemos ahora. ¿De verdad no ibas tú por el «Niágara» cuando Judy trabajaba en el guardarropas?

—Estuve allí muchas veces. Vendía cigarrillos.

—Oh, debí suponerlo. Piernas bonitas, rostro llamativo —apoyó una mano en su rodilla y con la otra acarició su barbilla suavemente —. ¿Esto de ahora da más?

—Sí. Y es mejor para una chica. Me cansaba de lucir las pantorrillas y de oír obscenidades.

—Ya. ¿Conoces a Sam?

¿Qué Sam?

—Oh, simplemente Sam. —Jim lamentaba no haberse fijado en su apellido cuando miró su carnet de conducir—. Es alto, tiene una cicatriz en la mejilla. Le acompaña a veces otro tipo, bajo y fuerte…

Advirtió el estremecimiento de Joyce. Ella musitó:

—Oh, ésos —miró a Jim intensamente—. ¿Por qué te preocupas por ellos?

—Son mis amigos.

—Mientes. No son amigos tuyos. Ni de nadie, excepto del viejo Mac Cambridge.

—Oh, amigos de Mac Cambridge, ¿eh? —Jim reflexionó con rapidez. Parecía sorprendido. Luego, contempló de nuevo a la joven —. ¿Por qué crees que no son amigos míos?

—No sé… Eres distinto a ellos. Esos dos tipos me asustan. Cuando les vi salir con Judy aquella noche, ya tuve el presentimiento de que algo iba a…

Joyce se detuvo justamente entonces. Sus ojos se dilataron, asustados, y apretó los carnosos labios, como queriendo contener

las palabras imprudentes. Pero era tarde, y lo sabía. Había dicho justamente lo que Jim Andrews andaba buscando obstinadamente.

—¡Repite eso, Joyce! —mascullό—. ¡Repito lo que has dicho, y no serán doscientos, sino quinientos los dólares que recibas! Incluso la recompensa de los Morrow puede ser para ti, si su hija aparece gracias a tus…

El terror había crecido en los ojos de Joyce. Y de tal modo, que Jim giró la cabeza, alarmado. Ahora ya no era miedo a lo que dijera, sino a *algo* o *alguien* situado detrás de él.

—Interrumpimos un bello idilio entre románticos parques nevados, ¿verdad? —dijo la dura, fría voz del hombre del abrigo negro y la pistola automática en la diestra—. Oh, Greg, qué pena. Mira a los dos tortolitos…

Detrás de la alta figura de Sam, surgió la más pequeña y monstruosa de Greg, con otra pistola en su mano. Ninguno de ellos parecía posible dudase en utilizarla, en cuanto Jim les diera la menor excusa para ello.

—Otra vez cara a cara —dijo lentamente Jim, sin moverse—. Como en la carretera aquella noche. Sólo que ahora, sé que son ustedes los asesinos de Judy Morrow. Y que Vera Fraser no está loca…

—Sí, es lo único que cambia las cosas…, por desgracia para usted, Andrews.

—¿Qué piensan hacer con ella? —señaló a Joyce—. No tiene nada que ver con el asunto. Yo la mezclé en él…

—Usted mezcla a mucha gente en sus cosas, Andrews. Joyce es una buena chica, pero demasiado charlatana. No creíamos que se hubiera fijado en que Judy salía con nosotros aquella noche. Ya no quedaba nadie en el local cuando ocurrió eso.

—Debía de estar en el compartimiento donde guardan los cigarrillos para la venta —apuntó plañidero Greg—. Ya sabes que queda al fondo, junto a las cortinas. Si la chica estaba cambiándose de ropa allí, seguramente nos vio, y nosotros no la podíamos ver a ella.

—Es lástima —suspiró Sam.

—¿Van a matamos a los dos? —interrogó Jim Andrews despacio.

—Levántese sin intentar nada, y deje de parlotear. ¡Vamos, arriba!

Jim miró hacia la oscuridad. Allí, en alguna parte, un coche esperaría. Les subirían a él.

Les asesinarían. Probablemente viajaran como la pobre Judy Morrow durante un buen rato, Apaciblemente sentados, igual que unos viajeros de placer. Pero estarían muertos, igual que ella.

—Siento esto, Joyce —dijo con voz serena—. No me imaginé que estos tipos supieran que estaba en Glenndale. Veo que mi cebo ha sido demasiado bueno; demasiado malo, según se mire…

Joyce, aferrándose a su brazo, caminaba junto a él por la senda del parque. A sus espaldas, las armas de los dos hombres no se desviaban una sola pulgada. De súbito, Jim rompió a reír, ante el asombro de todos, incluida Joyce.

—¿De qué diablos se ríe ahora? —Gruñó Greg.

—Estaba pensando en la inutilidad de su nuevo crimen, si acaban con nosotros.

—¿Por qué dice eso? —Se irritó Sam.

—No pueden matarnos, o todo se descubrirá. Después de mi programa de televisión, la policía y la gente sabrán, al aparecer yo muerto, que caí por saber demasiado. —Tal vez su cadáver no aparezca nunca.

—¿Como el de Judy Morrow? —Jim sonrió—. Es igual. Mi caso no es el de ella. Si desaparezco, la televisión difundirá el hecho por todas partes. Tienen escrito mi próximo programa. En él hablo de una posible desaparición. Y digo que, de ser así, un tipo llamado Sam, con una cicatriz en el rostro, y su amigo Greg, serán culpables.

—¡Miente! ¡No ha escrito eso!

—Claro que sí. Ya lo verán. ¿Creen que el cebo iba a ser tan incompleto? Dispuse una trampa para cazarles, simplemente. Y la trampa ha funcionado… Ahora, han de hacer dos cosas: O matarnos… o dejarme suelto.

—Le mataremos, Andrews —silabeó furioso Sam—. Y no ocurrirá nada. Porque su muerte parecerá accidental.

—¿Con una bala en el cuerpo? —Jim rió—. No, no. Ya avisaba en mi crónica que si fingen un suicidio, será pura farsa. Amo la vida y no pienso matarme por nada.

—No será eso —la ira de Sam iba en aumento—. No morirá a tiros, sino de un modo que parezca accidente.

—Me temo que no, Sam. No me dejaré matar más que a tiros —

se volvió, encarándose a ellos. Los asesinos vacilaron, a punto de hacer fuego. Pero no lo hicieron—. Vamos, disparen. Disparen ahora, porque no podrán golpearme ni fingir accidente alguno.

—¡No intente natía, Andrews…, o le mataremos, sea como sea! —aulló Sam, frenético. Tanto él como su compinche habían estado demasiado preocupados en los últimos momentos por la repentina dificultad en resolver las cosas de forma que continuaron en la impunidad para advertir en Jim Andrews otra cosa que su charla rápida e incisiva. Ni siquiera advirtieron que la mano a la que Joyce se aferraba, en realidad no estaba ya apretando la de la joven, sino que se había sepultado en el bolsillo de su americana de grueso *tweed.*

El disparo brotó como si llegase de la nada. La bala perforó el tejido del cheviot y alcanzó a Sam en pleno rostro. Su grito horrible se ahogó en el gorgoteo siniestro de la sangre, invadiendo sus afiladas facciones.

Joyce chilló, angustiada, cuando ya Jim le daba un formidable empellón, derribándola sobre un parterre, al mismo tiempo que él mismo se abatía de bruces en tierra.

El disparo desesperado, sin calcular, de Greg, pasó silbando, no muy lejos de Jim, pero sin tocarle. El presentador de la televisión extrajo la mano de su bolsillo, empuñando la plana automática de calibre treinta y dos que se llevara consigo de Nueva York, antes de lanzarse a una aventura en la que sabía que la muerte violenta podía acechar en cualquier revuelta del sinuoso camino.

Había aprendido a disparar a blancos más difíciles que Greg, en sus ejercicios de caza con arma corta o larga. El rechoncho adversario tuvo, al menos, la fortuna de moverse vertiginosamente tras su disparo, y la bala que Jim le envió como réplica, no alcanzó su cuerpo. Pero sí el brazo derecho.

Le vio soltar su arma, con un ronco grito, y aferrarse el brazo, un poco por encima del hombro. Luego, Greg se perdió tras los setos, a la carrera. En medio del sendero del parque, Sam se desangraba por momentos.

Jim Andrews corrió hacia éste, inclinóse y comprobó que apenas si tenía vida. La faz resultaba horrible de ver, con aquel baño escarlata. Se volvió, gritando:

—¡No, Joyce, no te acerques!

La muchacha sollozaba encogida sobre sí misma, en la hierba adonde el empellón violento de Jim la arrojara.

Andrews, inclinado sobre el moribundo, preguntó roncamente:

—Sam, haga algo bueno en su vida… ¿Dónde está la pobre Judy? ¿Por qué la mataron? ¿Puede hablar aún?

Sam movió sus labios, entre bocanadas de sangre. Su cuerpo se retorcía en tierra, angustiosamente. Pero ni Jim ni nadie podía hacer ya cosa alguna por el pistolero.

Apenas si logró captar tres palabras sueltas, deshilvanadas, entre sus estremecedores gorgoteos. Tres palabras que podían significarlo todo…, o no ser nada.

Luego, Sam dejó rodar su cabeza a un lado. Estaba muerto. Jim saltó sobre él. Corrió, pistola en mano, en busca del que huía. En la distancia, percibió silbatos policíacos. Glenndale debía de haber visto alterada la calma de su madrugada con el estruendo de las detonaciones.

Un motor de automóvil entró en funcionamiento no lejos de allí. Jim juró entre dientes, lanzándose a la carrera en busca del vehículo en el que, sin la menor duda, pretendía marcharse Greg.

Rodeó un alto seto. Vio el automóvil, aparcado en un claro circular del parque. No era el «De Soto» oscuro de aquella noche, sino un «Pontiac» azul cobalto. Desde el volante, llegó el estampido de una nueva detonación de pistola, acompañando al fulgor anaranjado de un fogonazo. Greg aún era peligroso, como cualquier criminal que lucha desesperadamente por su vida.

Jim se lanzó a tierra, al borde del seto, disponiéndose a hacer fuego sobre el neumático del vehículo. No llegó a hacerlo.

El «Pontiac» se había puesto en marcha. E, inmediatamente, estalló el horror.

Pareció reventar el coche en mil pedazos; se desgarró la carrocería, impelida por una bola de fuego interior, y la explosión llenó de vivida luz el lugar. Luego, una densa y negra humareda, se elevó, envolviendo los restos del vehículo y su ocupante, reducidos a fragmentos informes y calcinados. Un nuevo estallido acompañó a la inflamación de la gasolina.

De Greg y del «Pontiac» azul cobalto, no quedaba nada.

Jim, pegado a tierra, sintió pasar sobre su cabeza fragmentos candentes del coche, y se cubrió con ambos brazos, para evitar

heridas graves. Su americana empezó a arder en dos o tres puntos de la mangas, y la frotó enérgicamente para apagarlas.

Delante de él, una humareda densa, oscura, emergía del inesperado cataclismo que había servido de epílogo a la aventura. Jim, aún desconcertado, lleno de perplejidad, se puso en pie y caminó lentamente hacia los restos del coche.

Lentamente, la idea de lo sucedido se abrió paso en su aturdido cerebro. Luego, Jim Andrews se volvió. Joyce, lívida de terror, acudía a la carrera. Sollozando, se hundió contra su pecho, buscando la protección masculina.

Jim se la concedió, besando sus cabellos suavemente.

—Ya pasó todo, muchacha —dijo con dulzura—. Mucho más rápida y terriblemente de lo que nunca hubiera imaginado…, pero pasó.

Los silbatos y carreras de la policía, aumentaron en intensidad. Estaban llegando. Pero ya era tarde. Como acababa de decirle a Joyce, todo había pasado.

CAPÍTULO X

EL CADAVER

—Lamento de corazón todo lo sucedido, señorita Fraser. Creo que nunca tendremos perdón los policías…

—Ni los médicos —sonrió suavemente el doctor Mae Adams—. No se le olvide eso, teniente Palette.

—Nadie tuvo culpa en realidad, salvo las mismas extrañas, inverosímiles circunstancias —intervino con tono risueño Jim Andrews—. Todo resultaba tan descabellado, que era natural admitir como más probable la versión de una supuesta locura. Eso lo explicaba todo, en apariencia.

—Y las circunstancias apoyaban tal teoría —aceptó con voz débil Vera Fraser, desde su lecho—. Era angustioso verse cercada, perseguida y no poder enfrentarse con ello sintiéndose apoyada, contando con la confianza de la policía, de los médicos o, simplemente, de los amigos.

—Debe darle gracias de todo a Jim Andrews —juzgó desde su asiento Fergus Green—. El sí creyó en usted, Vera. Yo, le confesaré que dudaba mucho de su sinceridad, pero por otro lado me resistía a verla como una demente, y procuré hacer cuanto estuvo en mi mano. Sin embargo, eso no admite comparación con lo que puso Andrews en la lucha. Lo arriesgó todo, incluso la vida.

Los ojos grandes y bellos de Vera se encontraron con los de Jim Andrews. Afirmó lentamente con su rubia cabecita postrada en las almohadas del lecho del hospital.

—Lo sé. Lo sé todo, señor Andrews. Y no sé ni siquiera cómo empezar…

—Pues no empiece —rió el joven—. Me bastará con que se olvide de ese antipático «señor Andrews» y me llame Jim. Es la forma en que me conocen mis amigos. Y creo que a nosotros nos sobran razones para considerarnos ligados por una buena amistad.

—La mejor y más honda de las amistades.

—Gracias, señorita Fraser —y al captar el gesto de ella, rectificó—: Gracias. Vera…

—Eso suena mejor —dijo el teniente Palette.

—Mucho mejor —aprobó Fergus Green—. Para que el final de novela fuese completo y feliz… sólo falta la boda inevitable en los relatos semejantes a éste.

—Usted se olvida, señor Green, de que la vida no es parecida a una novela casi en nada —declaró Jim—; aunque a veces lo asemeje. Y que no tiene un final, sino que continúa siempre adelante. Entre Vera Fraser y yo, perdurará una buena, y sincera amistad. Pero, ni ella piensa en casarse, ni yo podría hacerlo… al menos, con ella.

—¿Eso quiere decir que hay reconciliación con su antigua prometida, la señorita Mac Cambridge? —observó Green, divertido.

—Aparentemente, sí. Su padre ha mediado entre ambos. Pero no se hagan muchas ilusiones. Aún no me he casado.

Vera Fraser desvió la mirada de Jim Andrews. Con la vista fija en la ventana del hospital, hacía el tibio, frío sol nublado del invierno neoyorquino, observó en tono opaco:

—¿Cuándo me darán de alta, doctor?

—En cuanto se reponga un poco de su debilidad general —respondió Mac Adams—. Y esta vez, al menos, podrá estar segura de que no volverá aquí, ni nadie la mirará jamás con sospecha. Estoy seguro de que si va a la policía diciendo que ha visto una invasión de marcianos, la creerán a pies juntillas.

—Seguro —apresuróse a afirmar el teniente Palette, riendo.

—Estoy deseando salir de aquí. Y volver a mi trabajo, señor Green.

—Pero, criatura. ¿Aún se siente con ánimos de trabajar en el parador?

—Sí. Ha sido mi trabajo de siempre. Continuaré allí, y creo que seré realmente feliz, si todo vuelve a ser como antes. Igual que en la época en que aún no había conocido a Bart… ni había sucedido

nada de nada.

—¿Aún le recuerda a él? —preguntó Jim.

—No, ya no. —Vera le miró fijamente—. Aquello pasó. Tal vez toda era una locura, y ni siquiera amaba a aquel hombre. Una se engaña, cuando cree amar por primera vez. Y cuando pasa el espejismo, se descubre que no todo en él era hermoso, ni siquiera sincero…

—Eso está mejor. —Jim palmeó afectuosamente su mano, tersa y marfileña, apoyada en el embozo—. Mucho mejor, Vera. Creo que pronto va a olvidarse de todo… Señor Green, no se niegue a admitir a Vera nuevamente en su puesto. El trabajo, la actividad, serán su mejor convalecencia, ya lo verá…

—¿Yo, negarme? ¡Cielos, si el parador vende la mitad, desde que Vera no está tras el mostrador! Soy el primero en desear que regrese pronto a su trabajo… Lo antes posible, amiga mía.

—Gracias, señor Green —musitó Vera, emocionada. Y su mirada envolvió ahora a todos—. Son ustedes muy buenos. Todos son ahora muy buenos conmigo.

—No tiene mérito —rió el teniente Palette—. En realidad, sólo estamos tratando de borrar en usted la mala impresión que dejó nuestra anterior torpeza, señorita Fraser.

* * *

—¿Entonces, cree usted que ésa es la explicación de las cosas que sucedieron?

—Sí —asintió Jim—. Tal vez nunca lo sepamos todo, ni lleguemos a encontrar jamás el cadáver de Judy Morrow. Pero ella estaba metida en el negocio de contrabando, a través de la frontera canadiense, con Sam y Greg. Llegado un momento, debió de exigir una parte mayor; o tal vez actuaba inconscientemente como cómplice, hasta que lo descubrió, y un resto de decencia y dignidad surgieron en ella. No olviden que los Morrow son buena gente, llena de honestidad. Su hija debió de conservar algo de esa herencia paterna, y surgió al verse envuelta en un asunto feo de cariz internacional. Sam y Greg se asustaron, sin duda; ella no cedía, no se dejaba sobornar. Iba a cantarlas claras a la policía, para eludir su responsabilidad en el delito.

—Entonces la mataron, ¿no? —apuntó Green.

—Eso es. La mataron a golpes, y llevaron su cadáver en el asiento, pensando que, en forma tan descarada, era el medio menos comprometido de viajar con un cadáver. Pero cuando, sin duda, buscaban la forma de deshacerse de él, tropezaron con Vera Fraser, y todo se complicó. Perdieron la serenidad y comenzaron a cometer errores. Luego, indudablemente, enterraron el cuerpo o lo destruyeron en los minutos que hubo de intervalo entre la persecución primera de Vera y la posterior, al llegar a mí. Para entonces, ya no llevaban a la muerta. Y el hecho de que Vera fuese una ex neurótica una alucinación de la mujer.

—La suerte se alió con ellos, no hay duda —apuntó el teniente Palette, gravemente.

—La suerte se pone, casi siempre, al lado de los audaces. Y ellos lo eran. Quizá a la fuerza, pero lo eran. No les faltó la fortuna en ningún momento. Incluso luego, al vigilar a Vera y atacarla. Todo seguía pareciendo producto de la imaginación enferma de la joven.

—¿Y el local de Glenndale, el «Niágara Rainbow» tenía algo que ver en el asunto? —interrogó el teniente.

—Llegué a creerlo así. Cuando supe que su dueño era mi futuro suegro, Mac Cambridge, comprendí que no podía haber nada delictivo en él. Mac Cambridge es demasiado honesto, demasiado puritano y temeroso de su prestigio social, para meterse en enredos feos. Además, tiene demasiado dinero para buscar más por medios ilícitos, siempre peligroso.

—Eso no quiere decir nada —objetó Fergus Green—. Un hombre de fortuna puede pasar un riesgo de quiebra sin que nadie lo sepa, y tener que recurrir a extremos drásticos y peligrosos.

—Sí, es posible. Pero no era, ciertamente, el caso de Mac Cambridge, Sam y Greg actuaban al margen del local, aunque es evidente que el barman les ayudaba.

—Seguro —asintió Palette, con gesto sombrío.

—Arresten al barman y lo comprobarán —apuntó Green.

—Sería una fácil solución… si el barman del «Niágara» estuviese vivo.

—¿Eh? —El hotelero miró con estupor a Jim—. ¿Es que… ha muerto?

—Lo encontramos después de lo sucedido en el parque de

Glenndale —asintió el presentador de TV—. Estaba en el sótano del local, con un barril sobre su cabeza. El barril estaba lleno de licor, desde luego. Le había destrozado la cabeza. Al parecer, casual.

Demasiado casual.

—¿Le mataron Greg y Sam?

—Evidentemente, antes de localizar a Joyce, la del guardarropa, y a mí, hablaron con el barman. Asustados, le eliminaron, fingiendo un accidente. Como iban a hacer con nosotros dos más tarde.

—¿Qué accidente cree que planeaban? —saltó Palette.

—Está bien claro. Una explosión del motor, una muerte dentro del coche que llevaban. Para ello, portaban consigo un explosivo. Pero algo les falló. Y Greg voló por los aires con el vehículo, cuando ni siquiera debía esperarse tal riesgo. Fue un justo castigo: La muerte, con las mismas armas dispuestas para matar a otros.

—Bien —suspiró Green—. Eso significa, después de todo, el final de este horror. —Sí, es el final— asintió Palette.

—El auténtico final llegará cuando Vera Fraser vuelva a su puesto, en el parador —disintió Jim Andrews, con una sonrisa—. Y el día en que los padres de Judy Morrow pueden ir a llorar ante la tumba de su infortunada hija… Pero, como ustedes dicen, después de todo, éste es el fin…

* * *

—Adiós, Vera. Y nos alegramos mucho de tu regreso.

—Gracias, Fred. Ahora será definitivo. Hasta siempre, muchachos.

Salieron los tres últimos camioneros de la noche. Vera Fraser les agitó la mano en despedida cordial. Luego, aún con su amplia sonrisa en el bonito rostro todavía ligeramente pálido, empezó a limpiar el mostrador con un paño.

Contempló el reloj. Era hora de cerrar, como siempre.

Parecía como si hubiese vivido una pesadilla espantosa, y éste fuera el despertar. Sólo que Vera sabía que no era así. Ni siquiera estaba segura de haber despertado.

Apagó las luces, a excepción de la que siempre dejaba en último lugar, el tubo fluorescente, azulado, de la cocina. Los últimos platos y vasos sucios pasaron a la pila, donde al otro día los lavaría la

camarera del turno diurno.

No le gustaba estar sola. Ni le gustaba el parador como antes. Ahora parecía tener algo de siniestro. El recuerdo de lo sucedido aquella noche, precisamente al salir del parador, era demasiado vivo, demasiado intenso, aún para borrar de la mente los temores y las aprensiones.

Cambió su uniforme azul por el traje de calle. Como siempre también. Allí fuera, frente a la puerta posterior, esperaba su nuevo coche. Fergus Green había tenido esa atención. Un coche nuevo, pequeño y ligero, que ella no aceptó como regalo. Pero que el hotelero prometió cobrarle en reducidos plazos durante unos años.

La vida parecía sonreírle. Si no fuera por lo que había dicho Jim Andrews… Pensaba muy a menudo, en Andrews. Tal vez demasiado. Y él lo había dicho. Iba a casarse con la millonaria. Era lógico. Ningún hombre renuncia fácilmente a un partido así. Ada Mac Cambridge podía ser una chiflada de verdad, pero sus millones pesaban. Y no era fea.

Ya estaba todo recogido. La última luz se apagó Vera Fraser salió al porche. Cerró tras de sí. El coche esperaba a la claridad de las estrellas. Casi toda la nieve se había detenido.

Hacía frío, pero no demasiado.

Subió al automóvil, lo puso en marcha. Partió rápidamente.

Hasta que estuvo en la carretera, a un buen trecho del parador, no detuvo el vehículo. Otra vez se había quedado el monedero en la repisa de la cocina. Como aquella noche también…

Apretó los labios, armándose de valor. Inició el regreso. El coche viró dócilmente, regresando al parador.

Esta vez no había automóvil alguno ante el edificio. Aparcó en la cuneta de la carretera. Regresó a la casa. En vez de rodear el edificio, entró por la puerta delantera, utilizando la llave especial que iba unida a la de la puerta posterior.

Hubiera jurado, por un instante, que había luz en la cocina. Pero era imaginación suya. No vio luz alguna, ni nada de nada, sólo silencio, quietud, oscuridad…

El aire, dentro del parador, tenía un olor indefinible. Como a un leve perfume. Lo identificó: Colonia masculina. Se notaba viniendo del exterior. Los muchachos de los camiones se aseaban más de lo que la gente creía. Estando allí dentro, esos aromas no era tan fácil

advertirlos.

Luego, otro olor más extraño hirió su olfato. Éste era desagradable, fétido… Acaso las basuras no las habían retirado aquellos últimos días. Pero ese olor se hubiera notado, aun dentro del local todo el día. Era raro que solamente ahora…

Sé estremeció, asustada casi de avanzar hasta la cocina. El olor allí era más fuerte. Carne putrefacta. Se tapó la nariz, sintiendo náuseas. Avanzó, dando la luz para recoger el monedero.

Brilló el frío tubo de neón azulado. La claridad fantasmal, lívida, se extendió por la cocina. Vera Fraser extendía la mano ya, hacia el lugar donde olvidó el monedero…

Un grito terrible, ronco y estremecedor, brotó de su garganta. Luego, retrocedió, sintiéndose mareada.

No era agradable ver lo que quedaba de Judy Morrow, de la rubia platino asesinada, después de tantos días oculta. Y aquel cadáver descompuesto y horrible, era el que estaba allí, tendido en medio de la cocina, rígido y deforme, bajo la lívida claridad azul, ante la puerta abierta de acceso a una alacena que jamás se abría…

CAPÍTULO XI

FINAL

El cadáver de Judy Morrow…

Y la sombra gigantesca de un hombre, agazapado allí, dentro del cubículo herméticamente cerrado siempre, de la alacena en desuso…

La alacena, de la que sólo una persona tenía la llave… Justamente la persona que emergía ahora, grande y pesada, ante sus dilatados ojos.

—Es una pena. Vera Fraser —dijo la voz horrible, ronca y estremecedora—. Es una pena que siempre vuelva, a destiempo… y sepa demasiado. Y esta vez SI QUE SABE DEMASIADO…

—Dios mío… —musitó ella, con un escalofrío. Su mirada fue a la puerta del porche posterior. Allí estaba el coche aparcado. El coche de él. Y él allí, frente a ella, con sus enormes manos enguantadas, con su benévolo rostro transformado por una mueca atroz—. Dios mío, usted…

Fergus Green asintió despacio.

—Sí, yo. Yo, que tuve que esperar días enteros a sacar de aquí a Judy… No podía hacerlo antes, compréndalo. Corría el riesgo de descubrirme ante todos… Y ahora, cuando más seguro estaba… vuelve usted. ¡Usted otra vez, Vera Fraser! Me ha complicado mucho la vida últimamente… Pero yo no soy como Sam o Greg, Esos eran dos pobres necios sin imaginación. Por eso terminaron mal. Yo, señorita Fraser, *soy el patrón*. El cerebro, el hombre de las ideas… De mí no va a escapar, señorita Fraser…

Avanzaba hacia ella. Sus enormes zarpas se alzaban en el aire,

como las de un simio terrible. Era la Muerte. La Muerte que iba hacia ella. Y nadie podía salvarla esta vez…

—¡Jim! ¡Jim! —chilló, desesperada, trémula.

Fergus Green rió, sarcástico, dando unos pasos más hacia ella.

—Esta vez no hay ningún Jim que llegue a tiempo. Ningún caballero andante que la salve, Vera… Lo siento de veras. Muy de veras…, pero no puedo dejarla viva. Sabe demasiado… Demasiado para vivir…

Ya estaba junto a ella. Su aliento fétido la golpeó, como un hálito de muerte y de horror.

Vera chilló de nuevo, con una voz vibrante, angustiosa:

—¡Jim! ¡Jim, sálveme!…

Pero nadie podía oírla en el parador. La sombra espantosa la cubrió; las manos fueron a su garganta, empezaron a cerrarse sobre ella…

* * *

El estruendo de vidrios apagó todo otro ruido. Luego, se percibió el eco de otro ruido más seco y profundo, que se había mezclado al de los cristales.

Fergus Green se tambaleó. Soltó, estupefacto, a la joven. Giró sus talones, con un dolorido estupor en el rostro crispado por la sed de matar.

Le vio allí, erguido, pistola en mano, frío y sereno.

—Andrews —jadeó—. ¡Usted!

—Sí, Green —asintió Jim Andrews—. Yo. Ahora sí que ha terminado el juego.

Se doblaron las rodillas del hombretón. El dueño del parador cayó a tierra. Por su costado, fluía la sangre, en abundancia, a pesar de que ya aferraba el orificio con una mano crispada. La bala de Jim Andrews había penetrado certera en su cuerpo.

Vera corrió, estallando en sollozos, al encuentro de Jim, situado tras la puerta vidriera de acceso a la cocina, desde la cual había disparado.

—¡Oh, Jim, Jim! —gritaba—. ¡Ha sido horrible!

—Lo sé, querida —sonrió él, sin dejar de apuntar al herido—. Sabía que era una prueba muy dura para ti. Pero teníamos que

realizarla, o el peligro siempre hubiera existido. Yo sabía que ni Greg ni Sam tenían inteligencia ni personalidad para dirigir todo esto. Tenía que haber *otro*. Había cosas sin aclarar. ¿Por qué esos dos se pararon *precisamente aquí*? ¿Cómo abrieron la puerta y luego la cerraron, sin dejar rastro? Comprendí que Fergus Green era su patrón en las sombras. Eso lo explicaba todo. Incluso el lugar donde, sin duda, se había ocultado el cadáver aquella noche. Y el hecho de que *alguien* les abriera la puerta del parador.

—Pero pensar que Green…, un hombre bondadoso… —Le miró con horror, eludiendo mirar al cadáver de la infortunada muchacha.

—Bondadoso en apariencia; como muchos, Vera. En apariencia rico, también. Pero él mismo lo dijo el otro día. Hay gente que parece nadar en la abundancia, y sin embargo está en la ruina. Entonces apela a juegos sucios. Contrabando y todo eso… Judy descubrió sin duda que era Green el que manejaba el asunto. Por eso fue muerta, y sus esbirros venían a recibir instrucciones para deshacerse de la chica lejos de Glenndale. Al rodar mal las cosas, Green metió ahí el cadáver, esperando deshacerse de él sin peligro. Las cosas se complicaban, y era más seguro dejarlo en su escondite. Pero al dejar de creer en tu locura, igual daba hacer aparecer en cuerpo. Sam y Greg habían muerto. Ellos pagarían por todo. Ya se había cuidado él de poner un explosivo en el coche. De ese explosivo, nada sabían ellos. Y tenía que estallar cuando nos subieran a la chica del guardarropa y a mí al «Pontiac». Green me había seguido a mí a Glenndale, y debió poner el explosivo, en contacto con el arranque de marcha, para volar el coche, mientras Sam y Greg ~me secuestraban a mí. Las cosas no salieron como esperaba, y fue Greg quien cayó en la mortífera trampa en vez de los cuatro, como él planeaba, para deshacerse de todos. Green ignoraba que al morir, Sam había dicho sólo tres palabras: *«Cadáver… Parador… Green»*. Fueron la clave de todo.

—¿Por eso me hiciste fingir esta noche, Jim?

—Sí, Vera. Era preciso cazar a Green con las manos en la masa, o negaría saber la presencia del cadáver de Judy en su casa, No conté con la policía, porque a lo mejor no me creían, o Green descubría la trampa. Pero Palette lo sabe ya. Le telefoneé hace poco, desde otro parador cercano. Dentro de unos minutos estará, aquí. Vera. Has hecho muy bien tu papel. Te felicito…, aunque, lamento

haberte utilizado de cebo, y que hayas tenido que vivir otra horrible experiencia, al enfrentarte con Green y… con *eso*.

La apartó del cadáver. Fergus Green se revolcaba en el suelo, desangrándose. En la carretera, sonó la sirena de un coche de la policía. Vera aún sollozaba, tras la terrible experiencia vivida aquella noche en el siniestro parador de Fergus Green.

—La policía canadiense y el FBI, se sentirán mu; satisfechos por esto —dijo Jim lentamente, pisando el porche—. La cuadrilla de contrabandistas más peligrosa de los Estados Unidos y Canadá ha caído en el cepo.

—Dios mío, Jim. Yo que llegué a pensar que sospechabas de Mac Cambridge…

—Te confieso que también dudé de él. Pero luego vi que era demasiado fácil esa solución. Mac Cambridge y Green eran socios. Green utilizaba a Mac Cambridge para sus fines. Y el negocio de Glenndale, que era solamente de Mac Cambridge, era la pantalla de que se valía Green para pasar el contrabando. El día que se hubiera descubierto, hubiese pagado todas las culpas Mac Cambridge, sin saber nada de nada.

—Lo celebro por ti —suspiró Vera, clavando los ojos en las distantes luces de los coches de la policía, lanzados hacia el siniestro parador, procedentes de Jersey—. Sería horrible haber tenido un suegro delincuente…

—No seas tonta… —Jim sonrió, guardando su arma, y rodeando los hombros de Vera con su brazo, la atrajo hacia sí, ante la sorpresa de la muchacha—. Ada Mac Cambridge nunca será mi mujer. La detesto cordialmente.

—¿Pero, entonces…?

—Mi querida Vera, tenía que decir eso, para justificar ante Green que volvieses aquí a trabajar. Formaba también parte de mi plan, ¿no comprendes?

—Oh, Jim… —Inclinó su cabeza contra el pecho del joven—. A veces, eres realmente diabólico… Pero, te amo.

—Mi pequeña Vera… —Él besó sus cabellos—. Yo creo que te amé nada más verte en la carretera. El miedo te da un encanto especial. Y siempre resulta agradable descubrir que aunque seas una mujer que ha corrido tantos peligros por saber demasiado…, en otras cosas, tienes un candor maravillosa.

Se besaron.

Las luces, en la carretera, aumentaron el tamaño a medida que se aproximaban. Esta vez, sí era el fin.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.